

OPHIUSSA

REVISTA DO CENTRO DE ARQUEOLOGIA DA UNIVERSIDADE DE LISBOA

ISSN 1645-653X
E-ISSN 2184-173X





UNIVERSIDADE
DE LISBOA



LETRAS
LISBOA

FCT

Fundação para a Ciência e a Tecnologia
MINISTÉRIO DA CIÊNCIA, TECNOLOGIA E ENSINO SUPERIOR



CENTRO DE ARQUEOLOGIA
DA UNIVERSIDADE
DE LISBOA

uniarq

OPHIUSSA. Revista do Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa

ISSN 1645-653X / E-ISSN 2184-173X

Publicação anual

Volume 2 – 2018

Direcção e Coordenação Editorial:

Ana Catarina Sousa
Elisa Sousa

Conselho Científico:

André Teixeira (Universidade Nova de Lisboa)
Carlos Fabião (Universidade de Lisboa)
Catarina Viegas (Universidade de Lisboa)
Gloria Mora (Universidad Autónoma de Madrid)
Grégor Marchand (Centre National de la Recherche Scientifique)
João Pedro Bernardes (Universidade do Algarve)
José Remesal (Universidade de Barcelona)
Leonor Rocha (Universidade de Évora)
Manuela Martins (Universidade do Minho)
Maria Barroso Gonçalves (Instituto Superior de Ciências do Trabalho e da Empresa)
Mariana Diniz (Universidade de Lisboa)
Raquel Vilaça (Universidade de Coimbra)
Xavier Terradas Battle (Consejo Superior de Investigaciones Científicas)

Secretariado: André Pereira

Capa: André Pereira sobre vaso cerâmico de Camposoto (desenho de António Sáez Romero / Joan Ramon Torres).

Paginação: Elisa Sousa

Impressão: Europress

Data de impressão: Dezembro de 2018

Edição impressa (preto e branco): 300 exemplares

Edição digital (a cores): www.ophiussa.letras.ulisboa.pt

ISSN: 1645-653X / E-ISSN 2184-173X

Depósito legal: 190404/03

Copyright © 2018, os autores

Edição:

UNIARQ – Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa, Faculdade de Letras de Lisboa, 1600-214 – Lisboa.
www.uniaraq.net - www.ophiussa.letras.ulisboa.pt - uniaraq@letras.ulisboa.pt

Revista fundada por Victor S. Gonçalves (1996).

O cumprimento do acordo ortográfico de 1990 foi opção de cada autor.

Esta publicação é financiada por fundos nacionais através da FCT - Fundação para a Ciência e a Tecnologia, I.P., no âmbito do projecto UID/ARQ/00698/2013.

OPHIUSSA

VOLUME 2, 2018, PÁGINAS 75-100. SUBMETIDO A 28.02.2018. ACEITE A 18.06.2018.

DOS ENTERRAMIENTOS SINGULARES DE LA NECRÓPOLIS DE LA CRUZ DEL NEGRO (CARMONA, SEVILLA)

TWO EXCEPTIONAL BURIALS IN THE NECROPOLIS CRUZ DEL NEGRO (CARMONA, SEVILLE)

FRANCISCO JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ¹
FERNANDO AMORES CARREDANO²
ROCÍO IZQUIERDO DE MONTES³
ANA MARÍA JIMÉNEZ FLORES⁴

RESUMEN

Presentamos dos enterramientos de cremación inéditos correspondientes a la fase más antigua de la necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla), procedentes de las excavaciones llevadas a cabo a inicios de los años noventa. La excepcionalidad de estos dos enterramientos responde no tanto a las peculiaridades de su ajuar, en relativa sintonía con otros contextos coetáneos exhumados en la misma necrópolis y en otros yacimientos del valle del Guadalquivir, como, sobre todo, a la procedencia y función de los contenedores cinerarios. Se trata de dos ánforas de origen sirio-palestino de pequeño formato y destinadas al transporte de aceite o más probablemente de vino. La primera corresponde al tipo 2 de Sagona, cuya distribución en el Mediterráneo Occidental se generaliza a partir de mediados del siglo VIII, mientras que la segunda podría adscribirse al tipo 282-283 de Cintas, con una cronología de finales del siglo VIII o inicios del VII a.C. Aunque constituyen dos formas muy habituales en el Mediterráneo Oriental (especialmente en la costa siria-palestina y Chipre), su presencia en la Península Ibérica puede considerarse minoritaria, siendo excepcionales las ocasiones en las que, como ocurre en este caso, los ejemplares aparecen completos y bien conservados. El hecho de que ambas tuvieran un uso secundario como urnas cinerarias –una de ellas conserva incluso huellas de haber sido reparada– nos permitirá reflexionar sobre el papel de su contenido original en el ritual funerario.

Palabras clave: Tarteso; periodo orientalizante; necrópolis; ánforas fenicias; Carmona; Cruz del Negro.

ABSTRACT

The current article presents two cremation burials dated to the earliest phase of the necropolis of Cruz del Negro (Carmona, Seville), which was excavated in the 1990s. These two burials are exceptional, not so much because of the characteristic of the burial offerings, which are similar to other coeval tombs in the same necropolis and other cemeteries in the Guadalquivir Valley, but because of the provenance and function of the ash urns: two small amphorae of Syrian-Palestine origin, originally used for the storage of oil or, more likely, wine. One corresponds to the Sagona 2 type, which becomes widespread in the Western Mediterranean in the mid-7th century, and the second could be identified as a Cintas 282-283 type, dated to the late 8th or the early 7th centuries. Although both shapes are easily found in the Eastern Mediterranean (especially in the Syrian coast), they are rather uncommon in the Iberian Peninsula, especially when it comes to whole, well-preserved specimens, such as the ones found in Cruz del Negro. The fact that both were used as ash urns – one of them shows marks of repair – also raises questions about the use of their original content in the funerary ritual.

Keywords: Tartessos; orientalizing period; necropolis; phoenician jars; Carmona; Cruz del Negro.

1 - Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla. fjpgf@us.es

2 - Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla. famores@us.es

3 - Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla. Grupo Historiografía y Patrimonio Andaluz, HUM-4. rocio.izq@telefonica.net

4 - Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla. Grupo Religio Antiqua, HUM-650. anajimenflor@us.es

1. INTRODUCCIÓN

La necrópolis de la Cruz del Negro se sitúa en una suave loma a tan solo 1 km al noroeste del núcleo urbano de Carmona (Sevilla), junto a las vías que conducen a las vecinas localidades de Lora del Río y Guadajoz, y muy próxima a las necrópolis tumulares de Alcantarilla y Cañada de las Cabras. Desde que G. Bonsor realizara las primeras excavaciones sistemáticas, entre 1897 y 1905, este yacimiento se ha convertido en un referente para el estudio del mundo funerario en el ámbito de la llamada cultura orientalizante tartésica. Aunque Bonsor en un principio interpretó los enterramientos como una evidencia de la presencia en el interior del valle del Guadalquivir de colonos venidos de África (aunque de probable origen asiático) a inicios de la Edad del Hierro (Bonsor 1899: 130), pronto se impuso la tesis autoctonista (Álvarez Martí-Aguilar 2005: 146 ss) –en parte debido a la poderosa influencia de A. Schulten– y los investigadores comenzaron a concebir este tipo de necrópolis como un ejemplo más del proceso de orientalización de las gentes tartésicas a través del contacto con los fenicios de la costa. A partir de los años sesenta de la pasada centuria han sido numerosos los estudios y revisiones tanto de los ajuares exhumados como de la documentación conservada por G. Bonsor en su castillo de Mairena del Alcor (por ejemplo, Jiménez Barrientos 1990)⁵. Los materiales más significativos, adquiridos poco después de su extracción por la Hispanic Society de Nueva York, fueron también objeto de trabajos monográficos, aunque apenas incluyen información relativa al contexto original en el que se insertaban estas piezas, como tampoco del tipo de tumba, la ubicación o disposición de los enterramientos dentro de la necrópolis, el sexo y edad de los individuos, datos que en muchos casos Bonsor no pudo o no llegó a registrar durante el proceso de excavación (Blanco 1960; Aubet 1976-78; 1978, entre otros). Años más tarde J. Maier ha logrado ordenar y sistematizar toda la documentación disponible, incluyendo dibujos de campo y láminas del propio Bonsor, así como algunos materiales inéditos y otros publicados con anterioridad (Maier 1992; 1999).

A mediados de los años setenta C.R. Whittaker propuso con poco éxito la posibilidad de que tanto la necrópolis de la Cruz del Negro como la tumba excavada también por Bonsor en el Alcázar de Carmona pertenecieran en realidad a poblaciones fenicias asentadas en el interior de Andalucía (Whittaker 1974: 61). Esta tesis fue retomada una

década después por C. González Wagner y J. Alvar, quienes las ponen en relación con las necrópolis de Frigiliana (Málaga) y Rachgoun (Orán), así como con los niveles funerarios arcaicos de Mozia (Sicilia), Cartago y con la necrópolis oriental de Khaldé (González Wagner – Alvar 1989: 93-97). Tanto el ritual funerario predominante –la cremación en urna, depositada en un hoyo excavado en el suelo–, como los propios contenedores cinerarios –las urnas tipo “Cruz del Negro”– y otros elementos del ajuar –lucernas, marfiles, etc.– permitirían singularizar esta necrópolis de los restantes enterramientos registrados en la comarca de Los Alcores, mucho más “hibridados”, pero también de las necrópolis fenicias de la costa, lo que, en su opinión, lejos de parecer una anomalía podría sugerir, “aún dentro de un ambiente fenicio”, una procedencia diferente para las poblaciones aquí enterradas (González Wagner – Alvar 1989: 93). Por esos años se estaba excavando el yacimiento de Montemolín, que venía a demostrar la presencia de artesanos y comerciantes orientales en las campiñas interiores del Guadalquivir (Chaves – Bandera 1991; 1993). Poco después, el hallazgo y excavación en Carmona de lo que parecía ser un santuario de carácter urbano (Belén *et al.* 1997; Belén – Escacena 1997) confirmó la existencia de una comunidad oriental en esta ciudad durante los primeros siglos de la Edad del Hierro. Ello permitió a su vez fundamentar aún más la hipótesis de que la Cruz del Negro fuera, al menos en parte, una necrópolis fenicia o, en cualquier caso, oriental, admitiendo obviamente la diversidad y complejidad del componente étnico desplazado a la Península durante el proceso de colonización (Blázquez 1986: 56; 2011: *passim*; González Wagner – Alvar 1989: 95; Chaves – Bandera 1993: 73; Belén 2001: 61, 67-68).

A finales del año 1989, el desmonte del cerro de la Cruz del Negro para la extracción de grava supuso la destrucción total de una parte considerable de la necrópolis, obligando a excavar con carácter de urgencia el sector menos dañado, donde aún quedaban *in situ* algunos enterramientos parcialmente afectados por las remociones de tierra. Esta desafortunada circunstancia permitió, no obstante, reabrir la investigación sobre la necrópolis con una metodología más depurada e interpretar los contextos exhumados a la luz de los nuevos hallazgos que por aquel entonces se estaban realizando tanto en la propia Carmona como en otros centros del entorno, como Coria del Río (Escacena – Izquierdo 1999; 2001) o El Carambolo (Belén – Escacena 1997). Las intervenciones se prolongaron de forma



Fig. 1 - Necrópolis de la Cruz del Negro (sector excavado entre 1989 y 1997). Área noreste, en blanco, circunscrita en líneas ortogonales: zona destruida parcialmente en 1989, explorada en su totalidad en 1990-1997. Área sur con trama de triángulos invertidos: zona destruida en su totalidad en 1989. Área con trama de hierba: sector occidental de la necrópolis, sin excavar, o con áreas excavadas en época de J. Bonsor. Área central del yacimiento: trinchera diagonal realizada a fines del siglo XIX y comienzos del XX para construcción del ferrocarril –hoy desmantelado- y carretera anexa Carmona-Guadajoz, SE-1220. El círculo sombreado marca el área donde se localizaron las estructuras 25 y 45.2.

intermitente durante los años 1993, 1995 y 1997, ya en el marco de un proyecto general de investigación, alternando la excavación del área afectada con el estudio de materiales y la documentación de las secciones dejadas en el sector occidental del yacimiento por las obras de rebaje y saneamiento de las cunetas llevadas a cabo en la cercana carretera de Carmona a Guadajoz.

Los resultados preliminares de dichas intervenciones se presentaron regularmente en el Anuario Arqueológico de Andalucía (Gil de los Reyes *et al.* 1991; Amores *et al.* 1997; 1999; 2001; también Gil de los Reyes – Puya 1995). Una síntesis de los mismos apareció posteriormente en el catálogo de la exposición “Argantonio, rey de Tartessos” (Amores – Fernández 2000); no obstante, la memoria final no ha visto aún la luz. A lo largo de las cuatro campañas de excavación se han registrado un total de 179 estructuras funerarias, dentro de las cuales fueron identificadas 112 unidades deposicionales con restos óseos humanos, mientras que las 67 estructuras restantes parecen responder a distintas fases del ritual funerario: quemaderos, hogares o depósitos de ofrendas.

Nuestra aportación en esta ocasión se va a centrar en dos enterramientos que consideramos singulares dentro del conjunto de la necrópolis, tanto por su temprana cronología como por la composición y características del ajuar. Ello nos permitirá reflexionar sobre los inicios de la presencia oriental en las campiñas interiores del Guadalquivir, así como sobre la identidad de los individuos enterrados, no solo en lo que se refiere a su posible origen, sino también al surgimiento de nuevas realidades étnicas y sociales como resultado del traslado e integración de poblaciones de origen oriental en las comunidades que habitaban por aquel entonces la Baja Andalucía. Ambas fueron exhumadas durante la campaña de 1989-1990 y se sitúan en el sector suroccidental del área de excavación, probablemente la zona más antigua de la necrópolis (fig. 1).

2. LA ESTRUCTURA 25

Se trata de un hoyo circular de sección simple, de unos 20 cm de diámetro, donde apareció una cremación en ánfora (fig. 2). Ésta se situó de pie, aunque se desconoce si estaba cubierto con algún elemento, ya que el rebaje practicado por las máquinas había alterado los niveles superiores del enterramiento. El individuo, de sexo y edad indeterminada, estaba acompañado únicamente por un amuleto de marfil



Fig. 2 - Estructura 25.

como ajuar⁶. No se hallaron restos de ceniza o carbón en el interior de la tumba, como tampoco restos de ofrendas de animales, aunque dada la alteración a la que se han visto sometidos los niveles superficiales, tampoco puede descartarse esta práctica en ninguno de los dos casos.

2.1. CONTENEDOR ANFÓRICO

Su morfología permite asociarlo al tipo 2 de Sagona (1982) o las formas 383, 385-387 de Lehmann (1996), aunque por su tamaño –47,7 cm de altura– podría corresponder a la variante pequeña (forma 387 de Lehmann), mucho menos frecuente, especialmente en el occidente mediterráneo (Sagona 1982: 75)⁷. Presenta un cuerpo alargado, de tendencia cilíndrica y fondo apuntado, con un ligero estrechamiento en el tercio superior, lo que le confiere el perfil sinuoso que caracteriza a estas producciones (fig. 3). La carena, muy marcada, separa el cuerpo de unos hombros levemente inclinados que adquieren en este ejemplar una tendencia ligeramente convexa. Las asas, de pequeño tamaño, arrancan directamente de la carena para apoyarse en la parte superior del cuerpo. Su sección, generalmente circular, adopta en este caso una semicircular alargada, como es habitual en los ejemplares más tardíos registrados en Oriente (Sagona 1982: 75). El borde es alto y presenta, en cambio, un perfil plano, de tendencia vertical y ligeramente cóncavo, como parece frecuente en las producciones más antiguas⁸. Por lo que respecta a su procedencia, tanto la coloración crema-anaranjado y la textura arenosa de la pasta, como el revestimiento y la pátina superficial nos remiten presumiblemente a los alfares de la costa fenicia y en todo caso a la región sirio-palestina, lugar de producción habitual de estas ánforas, no se han publicado de momento análisis



Fig. 3 - Estructura 25, contenedor cinerario.

arqueométricos de los ejemplares peninsulares que permitan asociarlos a procedencias concretas⁹.

El tipo 2 de Sagona se encuentra poco representado en el Mediterráneo Occidental, y mucho menos en contextos funerarios, siendo sin duda nuestro ejemplar el único completo de los conocidos hasta el momento en la Península Ibérica. Los primeros restos de este tipo de ánfora se hallaron en Morro de Mezquitilla, donde pudo documentarse un borde del tipo moldurado, muy alargado y de hombros convexos, que sus excavadores fecharon en la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Maass-Lindemann 1995: Abb. 1,4)¹⁰. Años después aparecieron restos de un espécimen asimilable a esta forma en la necrópolis de Lagos, asociado a restos óseos y a un material que puede encuadrarse fácilmente en la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Aubet *et al.* 1991: 42, fig. 48; Aubet 1995: 35-36, fig. 11). Contamos también con varios fragmentos de la misma variante en Castillo de Doña

Blanca, en la bahía de Cádiz (Ruiz Mata 1993: 54, fig. 7, 8-9 y 8, 7). Según su excavador, la gran mayoría procedería de los niveles del siglo VIII, aunque algunos podrían adentrarse en el siglo VII a.C. La misma cronología se atribuyó a un ejemplar aparecido en la propia ciudad de Cádiz, en los contextos domésticos exhumados en la calle Concepción Arenal (Muñoz 1995-1996: 80, fig. 4, 7). Años más tarde, la excavación de un solar en la calle Cánovas del Castillo ofreció dos fragmentos correspondientes al borde y hombro de un ánfora y al borde de otra, entre otros restos amorfos pertenecientes posiblemente al mismo tipo de recipiente (Ruiz Mata – Córdoba 2005: 1297, fig. 13, 1-2). En este caso su cronología, relacionada con el nivel de abandono de este sector del primitivo asentamiento, se situó en la primera mitad del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata – Córdoba 2005: 1314). También se viene asignando a esta forma un ejemplar hallado recientemente en los niveles del Periodo II (Fenicio



Fig. 4 - Ánfora del tipo 2 de Sagona procedente de la campaña de 1902 y conservada en los fondos de la Casa-Museo Bonsor de Mairena del Alcor.

A) del Teatro Cómico de Cádiz con una cronología similar o ligeramente anterior (Gener *et al.* 2012: 155-156, fig. 9a; Torres *et al.* 2014: 53, fig. 2g). Tampoco podemos descartar la posibilidad de que algunos de los bordes de ánfora documentados en la Plaza de las Monjas/calle Méndez Núñez de Huelva, y clasificados dentro del tipo 9 de Tiro, pudieran corresponder a esta forma (González de Canales – Serrano – Llompарт 2004: láms. XIII, 12-25 y LI, 12-35). Más reservas plantea, sin embargo, un fragmento de hombro identificado como oriental entre las ánforas de la fase I de La Fonteta, así como dos bordes y un fondo de la fase II que se han atribuido genéricamente a los tipos 2 y 3 de Sagona (González Prats 2011: 299, fig. 1, 40717, fig. 3, 35943 y 39282, fig. 4, 35711). Un último ejemplar, análogo al hallado en la Estructura

25, ha sido registrado por nosotros recientemente entre los materiales procedentes de la Cruz del Negro depositados en la colección Bonsor de Mairena del Alcor (fig. 4). Fue encontrado, según reza en una nota inscrita en la propia arcilla, en la campaña llevada a cabo en 1902. Aunque carece de contexto seguro, se trata de nuevo de una variante de pequeño formato, de labios planos y verticales, hombros pronunciados, con pasta anaranjada y engobe crema, lo que invita a suponerle la misma procedencia.

En el Mediterráneo Central se han documentado varios ejemplares en los niveles arcaicos de la ciudad de Cartago, por lo general, bordes de similares características a los hallados en la Península Ibérica (Vegas 1998: 145, fig. 5, 47-48). Destacan por su número –más de treinta– los recipientes exhumados en una vivienda del Cardo XIII, dentro de un contexto que pudo fecharse con facilidad en la primera mitad del siglo VII a.C. (Vegas 1999: 430, Abb. 21, 195-199)¹¹. Sin embargo, es el ejemplar hallado en la necrópolis de San Montano, en Ischia, el paralelo más próximo al espécimen de la Cruz del Negro, no solo por sus similitudes formales, correspondiendo en ambos casos a la variante pequeña del tipo Sagona 2, sino por haber sido supuestamente amortizada en un contexto funerario, fechado a finales del siglo VIII a.C. (Buchner 1982: 283, Abb. 4d).

En el Mediterráneo Oriental solo se conocen algunos ejemplares en Chipre (Gjerstad 1948: fig. XLIV, 11) y en Creta (Shaw 1989: 181-182; 2000: 1100, fig. 8). En la primera, al margen de los ya recogidos por el propio Sagona (1982: 95), los únicos especímenes completos o casi completos con contexto seguro aparecieron en el nivel 3 de Kition, entre el 800 y el 640 a.C. (Bikai 1987: 45, pl. XXIII, 588), y en la fase 5 del santuario de Ayia Irini, fechada por los excavadores en el siglo VI a.C. (Gjerstad *et al.* 1935: pl. CLXXXVII). Se ha publicado recientemente una pieza completa hallada en el interior de una tumba hipogea de la necrópolis de Agios Georgios, cerca también de Kition, formando parte de un extraordinario ajuar que, en su conjunto, ofrece una datación más precisa en la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Hadjisavvas 2012: 232-235, fig. 136, 1). Por lo demás, contamos con un ejemplar incompleto procedente de la necrópolis de Amathus y otro hallado en la Tumba 10 de Marion, ambos con una cronología que se situaría a finales del Chipriota Arcaico I (Gjerstad *et al.* 1935: pl. XXVIII y XL).

La mayor parte de estas ánforas se localiza, naturalmente, en la costa sirio-palestina, destacando los conjuntos de Hazor, Sarepta, Meggido, Tiro, Gezer,

Samaria, Ashdod o Taanach, entre otros (Zemmer 1978: 14; Sagona 1982: 92-95; Lehmann 1996: 433-435; Aznar 2005: *passim*). En Hazor, Tiro y Meggido, de donde proceden la mayoría de los ejemplares, estos recipientes tienden a fecharse en la primera mitad del siglo VIII, teniendo su *floruit* en torno al 732 a.C. (Bikai 1978a: 48), si bien ello no es óbice para que algunos autores bajen la cronología de estos contextos levantinos a finales del siglo VIII y primera mitad del VII a.C. (véase este debate en Levy – Higham 2005). El estudio de conjunto llevado a cabo por Lehmann sobre los repertorios cerámicos de distintos yacimientos de Siria y el Líbano centra de nuevo la dispersión de esta forma entre el 750 y principios del siglo VII a.C. (Lehmann 1998: 9-15)¹². Es probable, por tanto, que la formalización del ánfora Sagona 2 tuviera lugar en realidad algunos años antes, a finales del siglo IX a.C. aunque su generalización se produjera ya en la siguiente centuria (Pedrazzi 2005: 293), convirtiéndose en el envase comercial más abundante, estandarizado y también más extendido dentro y fuera de las costas de Levante en estos momentos (Regev 2004: 340-341; Knapp – Demesticha 2017: 121 ss).

Como ya se ha comentado, Sagona sostiene que la variante con el borde vertical y plano comparece con mayor frecuencia en los niveles más antiguos, siendo paulatinamente sustituida por la variante de borde engrosado o con molduras a partir de mediados del siglo VIII a.C. (Sagona 1982: 76-77). En su opinión, las principales evidencias se extraerían de las excavaciones de Sarepta (Pritchard 1975: *passim*): en el horno E-F del sondeo X, fechado entre finales del siglo IX y mediados del VIII, el borde vertical y plano parece el más frecuente, mientras que en el sondeo Y, dividido en dos fases, ambas variantes serían contemporáneas a lo largo de toda la Edad del Hierro. En Tiro y Hazor, por su parte, la variante con el borde recto va disminuyendo en proporción con respecto a la de borde desarrollado desde mediados del siglo VIII a.C., coincidiendo con el momento de mayor auge de la producción (Sagona 1982: 76). Otra prueba a favor de esta teoría podría proceder de los dos pecios –el *Tanit* y el *Elissa*– hallados en aguas de Askelon (Israel). Se ha pensado que estas embarcaciones, provenientes de la costa libanesa, se dirigirían a la recientemente fundada colonia de Cartago antes de su naufragio, que pudo haber ocurrido a mediados del siglo VIII a.C. (Ballard *et al.* 2002: 158-159), o más probablemente a Egipto, como posteriormente se ha propuesto (Finkelstein *et al.* 2011: 257-258). En ambos casos el cargamento

estaba formado predominantemente por ánforas del tipo 2 de Sagona, con 385 ejemplares visibles en la primera embarcación y 396 en la segunda, aunque cabe la posibilidad de que debajo de estas capas superiores se conserven más ejemplares que no han sido aún detectados. Si bien solo se ha extraído una pequeña muestra del total, la gran mayoría de las ánforas registradas presenta un alto grado de estandarización, con el borde alto y moldurado o engrosado al exterior (Ballard *et al.* 2002: fig. 7 y 9). La única excepción parece constituirla hasta el momento un espécimen de pequeño tamaño que curiosamente guarda una asombrosa similitud con nuestro ejemplar de la Cruz del Negro (Ballard *et al.* 2002: fig. 9, 4). Este ánfora garantizaría la convivencia de ambas variantes a mediados del siglo VIII a.C. si no fuera porque se trata de un caso único que apareció separado del resto de la carga. Sus descubridores lo interpretan como un recipiente de vino sagrado destinado a las libaciones que podrían llevar a cabo el capitán o la tripulación en el momento de la salida o después de la llegada a puerto (Ballard *et al.* 2002: 163). Especímenes de menor tamaño, pero con el borde engrosado, aparecen también en el Almacén 148 de Hazor (Yadin – Aharoni – Amiran 1960: pl. XC, 5-7), que posteriormente Bikai asigna al estrato Va, con una cronología que se sitúa entre el 760 y la destrucción de Tiglatpileser III del 732 a.C. (Bikai 1978a: 49). Lehmann se apoya precisamente en esta última fecha para proponer un intervalo entre la segunda mitad del siglo VIII y la primera mitad del VII a.C. para las variantes pequeñas, correspondientes a su forma 387 (Lehmann 1996: 435). No obstante, las revisiones llevadas a cabo en las últimas décadas tienden a rebajar la cronología de esta fase, especialmente los estratos VI-V de Hazor (Gal 1992: 73-74; véase James 2008) y el estrato II de Tiro (Núñez 2013: 36, Tab. 1) a fines del siglo VIII o en la primera mitad del VII a.C. En cualquier caso, al margen de que en los principales yacimientos sirio-palestinos las ánforas con el labio plano y recto sean más frecuentes en los niveles inferiores, este rasgo morfológico no parece ser especialmente relevante a efectos cronológicos, al menos no en los modelos de pequeño formato.

Si aceptáramos la propuesta alta de Sagona, el ejemplar procedente de la Cruz del Negro debería ser más antiguo que los documentados en Morro de Mezquitilla, Castillo de Doña Blanca y Cádiz. Sin embargo, conviene recordar que en las colonias fenicias de la costa estas ánforas –con el borde desarrollado– no suelen aparecer en contextos anteriores a mediados del siglo VIII a.C. El caso de

Cádiz resulta todavía más evidente, ya que el tipo 2 de Sagona se registra en el nivel de amortización de unas estructuras de apariencia habitacional contemporáneas a los primeros momentos de la colonia arcaica, si nos hacemos eco del horizonte de finales del siglo IX a.C. (Periodo II – Fenicio A) identificado en sus inmediaciones a partir de las recientes excavaciones en el Teatro Cómico (Gener *et al.* 2014), y detectadas en un solar de la calle Cánovas del Castillo, que sus excavadores sitúan en las primeras décadas del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata – Córdoba 2005: 1316-1317). Nuestra ánfora, en consecuencia, debería ser posterior o contemporánea a los ejemplares de la costa, sobre todo atendiendo a las fases clásicas de la colonización fenicia en el valle del Guadalquivir (González Wagner 1996), por lo que inicialmente optamos por una fecha que oscilaría entre mediados o, más probablemente, finales del VIII- inicios del VII a.C. para su uso y posterior amortización en la necrópolis. Con todo, tampoco podemos negar a priori la posibilidad de que ulteriores hallazgos eleven la cronología de las primeras fundaciones o de los primeros contactos comerciales, como ha ocurrido también recientemente con el caso de Huelva (González de Canales – Serrano – Llombart 2004: 196-199). De hecho, si asumimos la fecha propuesta para la primera fase de la ocupación fenicia en El Carambolo (Camas, Sevilla), podemos retrotraer la presencia de poblaciones orientales en aguas interiores del *lacus Ligustinus* a finales del siglo IX¹³.

2.2. AMULETO DE MARFIL

Se trata de un colgante en forma de plaquita, tallado en marfil, con perforación longitudinal. No muestra signos de exposición al fuego, lo que hace pensar que se depositó posteriormente como parte del ajuar junto con los restos cremados del individuo. Los motivos, de tradición egipcia, fueron grabados en ambas caras mediante el rebaje en negativo de las imágenes (fig. 5). En una de sus caras se representó, con una cuidada ejecución que permite apreciar todos sus rasgos anatómicos, al escarabajo Khepri flanqueado por dos plumas *ma'at*. En el anverso encontramos de nuevo la pluma *ma'at*, esta vez junto al tradicional *oudjat*, elemento común e identificativo de estos amuletos, aunque en este caso su reproducción es mucho menos esmerada. La iconografía del reverso, no obstante, está más próxima a los modelos identificados en la decoración de escarabeos que a los motivos reproducidos en las abundantes plaquitas amuleto dispersas por las necrópolis fenicio-púnicas

del Mediterráneo Occidental (Acquaro 1977: 31-37), a excepción de un ejemplar de Ibiza, de factura más deficiente que el nuestro, que en la cara posterior muestra un escarabajo alado en lugar del habitual *oudjat* y en la anterior el insecto enmarcado por dos plumas (Gamer-Wallert 1978: Abb. 97, Taf. 52, B 23). El tema, como señalamos, irrumpe en la glíptica con más frecuencia y el escarabajo Khepri flanqueado por las plumas *ma'at* es reproducido en un escarabeo procedente de Cartago, fechado en el siglo VII a.C. (Vercoutter 1945: 142, n° 197) y en varios ejemplares donde la composición formaba parte de un texto: uno, procedente de Cagliari (Hölbl 1986: 178-179, Taf. 103, 3a-c)¹⁴; un segundo, de Ibiza (Gamer-Wallert 1978: 165, Abb. 73, Taf. 49 a-b, B32); y el tercero, hallado recientemente en el cercano yacimiento de El Carambolo (Camas, Sevilla), donde está acompañado del jeroglífico *men kheper re* (Fernández Flores – Rodríguez Azogue 2007: lám. 10).

Estos amuletos de creación egipcia se remontan al Tercer Periodo Intermedio, cuando aparecen los primeros ejemplares con una o las dos caras incisas o grabadas y el *oudjat* como motivo central (López Grande *et al.* 2014: 560-561). Son escasas las plaquitas de este tipo halladas en el ámbito fenicio oriental y su zona de influencia, aunque llama la atención, por sus paralelos iconográficos, un amuleto procedente de la necrópolis de Tiro, datado entre los siglos X y VIII a.C., que reproduce en el recto el habitual ojo *oudjat* y en el verso el signo ^c*nh* flanqueado por dos plumas *ma'at* (Herrmann 2002: 105, Reg Nr. AK VI K1 72 2830/120; Ward 1991: 93-94, fig. 12). Por otro lado, la asociación del *oudjat* y otras divinidades distintas a Horus, bien a través de su teónimo o su imagen, es un fenómeno conocido desde las dinastías XXII y XXIII (Petrie 1914: 32-34). Respecto a la técnica, el ejemplar más cercano a nuestro amuleto es la plaquita procedente de la estructura 168 de la misma necrópolis de la Cruz del Negro, que reproduce en el recto un *oudjat* de ejecución muy cuidada que le aproxima a los tipos egipcios de las Dinastías XXV y XXVI (Müller-Winkler 1987: 151 ss).

Tanto la técnica de ejecución como la iconografía sitúan a esta plaquita entre la segunda mitad del siglo VIII y el VII a.C., lo que viene a coincidir en su margen superior con la cronología propuesta para el ánfora. Sobre su procedencia, no creemos que se trate de una importación egipcia, ya que la falta de pericia en la ejecución del *oudjat* así como su asociación a la pluma *ma'at* son rasgos infrecuentes en los talleres egipcios, mientras que la materia prima utilizada, el marfil, es muy rara en estas

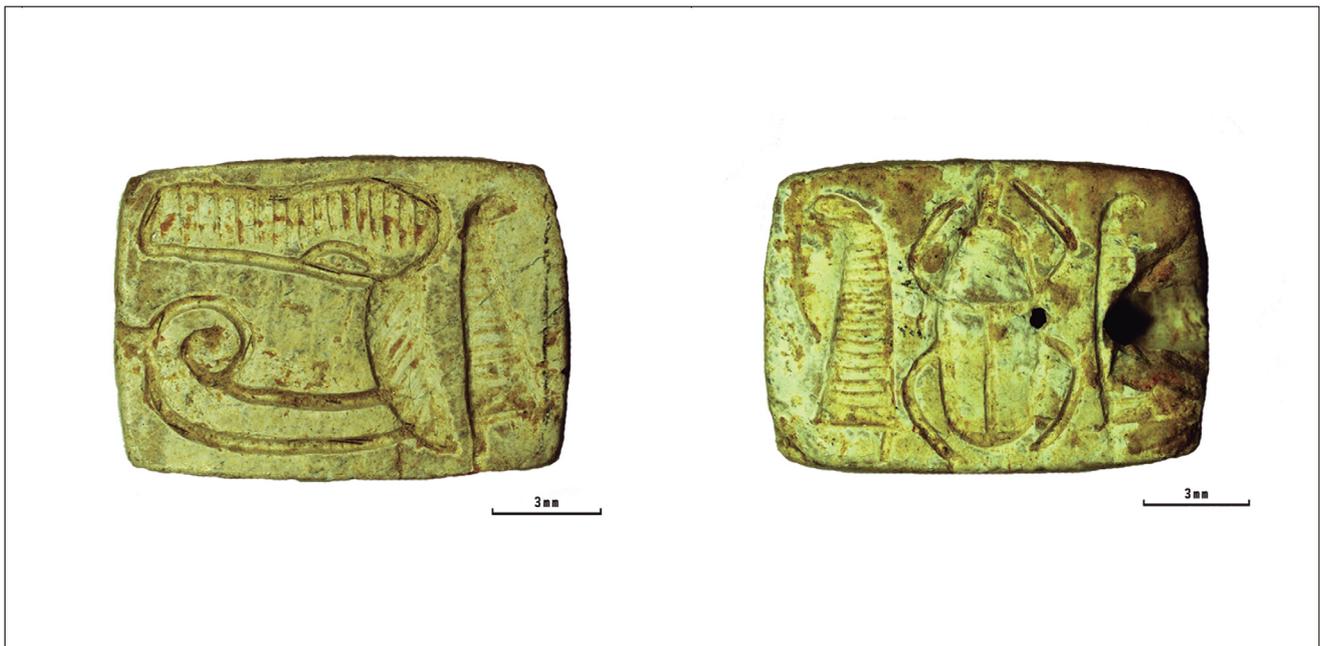


Fig. 5 - Estructura 25, amuleto de marfil por sus dos caras.

producciones, que emplean mayoritariamente la fayenza. Así pues, es probable que estemos, más que ante importaciones, ante las primeras imitaciones llevadas a cabo por los artesanos fenicios, en una etapa de recreación y tanteos en la que se adaptan formas egipcias al gusto y la iconografía fenicios. El marcado naturalismo de las figuras sitúa además a estas piezas en un momento muy anterior a la masiva irrupción de amuletos egipizantes.

Por lo que respecta a su significado, el *oudjat* u ojo de Horus es, por sí mismo, un poderoso talismán contra todo tipo de amenazas. Esta creencia tiene su origen en Egipto, donde el ojo divino fue representado con asiduidad en sarcófagos, embarcaciones y otros soportes de especial significado simbólico, o bien era utilizado como amuleto, generalmente de carácter funerario (López Grande 2007: 60). Constituía, de hecho, uno de los amuletos más populares entre los egipcios y su uso se extendió pronto hacia las poblaciones del área sirio-palestina, donde el *oudjat* cumpliría una función análoga de protección mágica. La frecuente aparición de amuletos, ya sean plaquitas o escarabeos, en los contextos funerarios fenicios revela el enorme éxito que alcanzaron entre estas poblaciones. Solían estar destinados a mujeres y niños, como símbolo de fertilidad o instrumento profiláctico, o bien a cualquier persona que se enfrentara a una situación de tránsito o peligro: un viaje, una batalla, etc. (Jiménez Flores 2007: 173-174,

183). Esta función se traslada también a la protección del difunto en la otra vida, lo que queda patente en su uso reiterado en enterramientos femeninos e infantiles, no solo en Oriente, sino también en el Mediterráneo Occidental y en la Península Ibérica (Jiménez Flores 2002: 191).

3. LA ESTRUCTURA 45.2

Está formada por un hoyo piriforme, de 68 cm de anchura máxima y 60 cm de profundidad, con una orientación aproximada N-S. Fue excavada en el extremo sur de un quemadero anterior (Estructura 45.1), de 166 cm de largo por 126 de ancho, que presentaba a su vez una orientación NO-SE. Al igual que en el caso de la Estructura 25, el ánfora utilizada como urna se colocó en posición vertical, aunque tampoco conservaba elemento alguno que pudiera interpretarse como tapadera; de hecho, el ánfora había perdido ya el borde, que pudo ser localizado posteriormente en sus proximidades. En su interior se registró una cremación doble en ánfora, compuesta por dos individuos adultos de sexo indeterminado y una edad de 30-40 años en un caso y de 20-30 en el otro, además de restos de carbón y ceniza, un fragmento de cristal de roca y un broche de cinturón de un garfio. El resto del ajuar estaba formado por un plato de engobe rojo, un segundo broche de cinturón de similares características y una pequeña cuenta de

oro, que se documentaron en el exterior de la urna. En sus proximidades apareció también una cazuela realizada a mano y bruñida, que originalmente se asoció a este enterramiento (Amores *et al.* 2000), aunque actualmente no hay pruebas concluyentes para mantener esta asociación.

3.1. CONTENEDOR ANFÓRICO

A diferencia de la Estructura 25, no resulta fácil asociar este contenedor a un tipo anfórico concreto ya que, aunque guarda evidentes similitudes formales con los ejemplares descritos más arriba, tanto su tamaño, sensiblemente superior, como algunos detalles morfológicos nos llevaron inicialmente a relacionarlo con las variantes más esbeltas del tipo 7 Sagona (1982: 83), 282-283 de Cintas (Guerrero 1989: *passim*) o 389-392 de Lehmann (1996: 436, Tf. 73-74)¹⁵. No obstante, es más probable que, dadas sus semejanzas y su contexto de aparición, se trate de una variante del mismo tipo 2 de Sagona. En efecto, se trata de un recipiente de mayores dimensiones -55,4 cm de altura y 25 de diámetro máximo- con el cuerpo más acilindrado, paredes más rectas y fondo apuntado (fig. 6). Una carena muy pronunciada separa el cuerpo de los hombros, que adoptan un perfil troncocónico aplanado. Este quiebro se resalta con un suave estrechamiento en la parte superior del cuerpo, donde se insertan dos asas de forma circular y sección también semicircular alongada, mientras que los bordes, altos, delgados y de tendencia vertical, no son más que una prolongación de los hombros. La pasta, de tonalidad anaranjada, desgrasante medio y con una fina capa de engobe superficial color crema, apenas muestra diferencias con la del ánfora anterior, remitiéndonos de nuevo a los talleres de la costa sirio-palestina¹⁶. Por último, una serie de orificios practicados a lo largo de una fractura antigua en la parte inferior de la panza evidencian que el contenedor había sido objeto de una reparación antes de su amortización en la necrópolis, lo cual demuestra claramente el interés por la conservación del recipiente una vez cumplido su cometido primario.

El hecho de que este ejemplar comparta atributos de ambos tipos no debería resultar extraño, sobre todo teniendo en cuenta la convivencia en el tiempo de estos recipientes, su reducida estandarización formal, especialmente en los momentos de mayor difusión (finales del siglo VIII y primera mitad del VII a.C.), y la coexistencia de diferentes centros de fabricación e incluso de varias

áreas productoras, si incluimos, como se ha dicho, las posibles imitaciones llevadas a cabo en la zona de Israel¹⁷. A ello hay que sumar el estado actual de nuestros conocimientos, marcado por la escasez de contextos de producción seguros y el carácter fragmentario de la documentación, procedente en gran parte de excavaciones antiguas (véase una reciente síntesis en Knapp – Demesticha 2017: 40-41), los problemas para ajustar la cronología entre las distintas secuencias y carencia de estudios de conjunto a escala regional que incorporen a las variables tipológica y cronológica analíticas sobre la composición de los envases y sus posibles contenidos. La propia clasificación de Sagona presenta inconsistencias que han sido puestas de relieve en estudios posteriores (por ejemplo, Pedrazzi 2005), especialmente para los tipos 2 y 7, ya que reúnen modelos anfóricos distintos, no solo desde el punto de vista morfológico, sino también cronológico (Ramon 1995: 268-272). En todo caso, más allá de la dificultad para adscribir el ánfora de la Cruz del Negro a un tipo u otro, la caracterización del recipiente en cuestión no presenta mayores problemas, ya que desde el punto de vista tecnológico y composicional su origen oriental está fuera de toda duda, manteniendo claras concomitancias tanto con el ejemplar de la Estructura 25 como con el procedente de las excavaciones de 1902; estratigráficamente forma parte del mismo horizonte cronológico de la necrópolis, lo cual viene también apoyado por la composición del ajuar que le acompaña; y en cuanto a su función fue también reutilizado como contenedor cinerario, lo que le otorga a estas ánforas, como veremos más adelante, un significado especial.

Por lo que respecta a sus paralelos y cronología, puede servir lo apuntado para el ejemplar de la Estructura 25, aunque existen algunos ejemplares con perfiles muy próximos que tienden a clasificarse dentro del tipo Sagona 7. En este caso no hay que olvidar que su distribución fue algo más tardía tanto en Oriente como, sobre todo, en el Mediterráneo Occidental, si bien la cronología de los ejemplares más antiguos no estaría tan alejada de la fecha propuesta para el espécimen de la Estructura 25. En la Península Ibérica prácticamente todas las formas completas o mejor conservadas corresponden a la variante “ancha” de Sagona, de perfil cónico, como las de Trayamar, Puente Noy o Toscanos, con cronologías del siglo VII a.C. (Guerrero 1989: 151-154). Lo mismo se observa en el Mediterráneo Central, tanto en la necrópolis de Mozia, donde un ejemplar de la variante “ancha” fue reutilizada como urna cineraria en un



Fig. 6 - Estructura 45.2, contenedor cinerario.

hoyo de forma circular muy similar a las estructuras de la Cruz del Negro, fechado a finales del siglo VIII o más probablemente en los primeros compases del VII a.C. (Cintas – July 1980: 35-37, 46), como en las de Cartago. Aquí las ánforas Sagona 7 son mucho más frecuentes, hasta el punto que se ha llegado a plantear que la ciudad norteafricana pudiera actuar en época arcaica como centro redistribuidor en Occidente de este tipo (Guerrero 1995: 88). Como se ha dicho, la mayor parte se encuadra en la variante “ancha”, cuya cronología suele ceñirse a la segunda mitad del siglo VII y al siglo VI a.C. (Chelbi 1991: 729). No obstante, merece la pena detenerse en el sector de Demerch y la zona del Odeón, donde se registró una pieza completa de la variante alargada que constituye uno de los paralelos más próximos al ejemplar de la Cruz del Negro (Gauckler 1915: pl. LXXXVII).

Además de las ciudades de la costa sirio-palestina, Chipre es la zona que ha proporcionado mayor cantidad y variedad de ejemplares, procedentes en su mayoría de contextos funerarios (Sagona 1982: 102-103). En este caso la forma predominante sigue siendo la variante “ancha” (véase Orsingher e.p.)¹⁸, aunque la necrópolis de Salamis ha ofrecido varios especímenes de la variante alargada de cuerpo cilíndrico¹⁹. Sin embargo, la mayoría se fechan en el Chipriota Arcaico II, entre finales del siglo VII e inicios del VI a.C. (Karageorghis 1970: *passim*), lo que se aleja considerablemente de la cronología propuesta el ejemplar anterior y los paralelos más cercanos del tipo 2 de Sagona. En Próximo Oriente, donde se concentra la mayor parte de los hallazgos, las ánforas Sagona 7 aparecen con frecuencia en los niveles arcaicos de Tiro, Hazor, Sarepta, Akko, Akhziv,

Meggido, Tell Keisan, entre otros lugares (Sagona 1982: 100-102; Guerrero 1989: 155; Lehmann 1996: 436; Aznar 2005: *passim*), a menudo conviviendo con el tipo Sagona 2. Destacan, por su número, los ejemplares exhumados en Sarepta (Pritchard 1975: 64-69, fig. 24; Anderson 1988: 198-199, pl. 38:24; Pritchard 1988: 134-136, fig. 43), así como en el Estrato II de Tiro. Como se ha podido ver, este se viene fechando en el último tercio del siglo VIII a.C. (Bikai 1978b: 67), aunque la reciente revisión realizada por Núñez ha rebajado su cronología a la primera mitad del siglo VII a.C. (Núñez 2013: *passim*). Allí encontramos el paralelo más cercano a nuestro ejemplar, de cuerpo alargado y forma cilíndrica, con tendencia ojival a partir de su tercio inferior y una altura que supera los 60 cm (Bikai 1978b: pl. II, 11), bastante similar también –en su perfil general, que no en el labio– a una de las variantes documentadas en Tel Kabri (Lehmann 2002: 198, fig. 5.82:9).

Llegado a este punto resulta difícil, como se ha dicho anteriormente, diferenciar estas ánforas más esbeltas de las correspondientes al tipo 2 de Sagona, con las que mantienen claras similitudes. Por otro lado, la aparición de ambos especímenes en niveles de finales del siglo VIII a.C. pone de relieve no solo su contemporaneidad en estos momentos, sino también la proximidad morfológica de ambas producciones, que derivan directamente de la concepción formal del envase cananeo (Guerrero 1995: 87), presente en Oriente desde finales de la Edad del Bronce e inicios del Hierro. Pese a todo, si atendemos a los paralelos descritos más arriba en relación con las ánforas Sagona 2 y las variantes más alargadas del tipo Sagona 7, especialmente el espécimen hallado en el Estrato II de Tiro, una cronología de finales del VIII o inicios del VII a.C. resultaría en cierta manera plausible para su amortización en la necrópolis, lo que vendría a coincidir con la fecha propuesta para el ejemplar exhumado en la Estructura 25.

3.2. PLATO DE ENGOBE ROJO

Junto al ánfora apareció un plato revestido de engobe rojo oscuro (fig. 7), cocido en un ambiente alterno y con una pasta de color naranja y gris. Cuenta con un diámetro máximo de 25,2 cm y presenta un borde estrecho (30 mm) de tendencia horizontal, marcado al interior con una arista y al exterior con una curva que lo separa de la pared. El fondo, por su parte, es plano, con el pie ligeramente indicado.

Sus rasgos morfológicos –especialmente las dimensiones del borde– y la presencia de engobe



Fig. 7 - Estructura 45.2, plato de engobe rojo.

tanto al interior como al exterior permiten asociarlo claramente a las variantes más antiguas. De hecho, cuenta con paralelos claros en los niveles del siglo VIII a.C. de Castillo de Doña Blanca, donde el ancho de los bordes oscila entre los 20 y los 30 mm (Ruiz Mata – Pérez 1995: 56, fig. 17, 1), así como en los estratos inferiores del poblado de Toscanos, cuyos ejemplares no superan los 37 mm de ancho máximo (Schubart – Maass-Lindemann 1984: 106, fig. 10, 264). Platos de similares características aparecen también en Chorreras (Aubet *et al.* 1979: 104-106, fig. 5), Montilla (Schubart 1987: 204-206) y en el estrato VIII de Cerro del Villar (Aubet 1999: 43-44, fig. 4, 2352), siempre en contextos de segunda mitad del siglo VIII a.C. En Huelva, los platos más antiguos, de la forma P.1 de Rufete, tienen una anchura de borde siempre inferior a 35 mm y vienen fechándose en la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Rufete 1989: 376, fig. 1, a; Rufete 1999: 217, fig. 2, 1-4). No obstante, si bien formalmente son asociables a los ejemplares exhumados en los estratos I/II de Toscanos, en este yacimiento el tipo perdura hasta la primera mitad del siglo VII a.C. (Rufete 1989: 386-387, fig. 7). Corresponde, por tanto, con las primeras etapas productoras (M2/At1: segunda mitad del siglo VIII a.C.) de Ramón (2010:

passim) y al segundo horizonte cronológico (PEN-IB II: 750-700 a.C.) definido recientemente para la vajilla de mesa fenicia occidental (Giardino 2017: 12-13).

3.3. BROCHES DE CINTURÓN

Constituyen los elementos más representativos del ajuar. Se trata de dos broches de cinturón de los denominados “tartesios” (figs. 8 y 9), en los cuales únicamente se conservan las piezas macho, realizadas en bronce y de un solo garfio elaborado en la propia placa de metal. Corresponderían, por tanto, al subgrupo I.1 de Jiménez Ávila, mientras que desde el punto de vista técnico se incluyen dentro del tipo que denomina “broches de garfio incorporado” (Jiménez Ávila 2002: 314). El primero (fig. 8) presenta una decoración de punteado que dibuja un motivo de rombos formado por un doble zigzag entrelazado. Por su parte, el segundo broche (fig. 9) está decorado con buril *a trémolo*, combinando en tres franjas dispuestas longitudinalmente un zigzag entrelazado, un sogueado sencillo y triángulos rellenos. En los dos casos se trata de motivos muy simples y ampliamente extendidos por el suroeste de la Península Ibérica, con paralelos en la misma necrópolis de la Cruz del Negro (Monteagudo 1953: fig. 11) o en las vecinas necrópolis de Setefilla (Lora del Río) (Aubet 1978b: fig. 5, 6, fig. 12, 3) o La Angorrilla (Alcalá del Río), en este caso de triple garfio (Ferrer – Bandera 2014: 418-419, figs. 22-24 y 37). Por lo que respecta a su cronología, Jiménez Ávila fija la producción de los broches de un garfio hacia la segunda mitad del siglo VIII a.C. a partir de los ejemplares exhumados en las necrópolis de Las Cumbres y Setefilla, mientras que en el tránsito al siglo VII a.C. éstos empezarán a ser sustituidos por broches de garfios múltiples (Jiménez Ávila 2002: 315); no obstante, la aparición de ambas variantes en la tumba 7 de La Angorrilla, fechada en la segunda mitad de esta centuria, obliga a poner en cuestión y revisar su periodo de uso, planteando su convivencia en momentos más avanzados (Ferrer – Bandera 2014: 407).

En cuanto a su uso, suelen encontrarse generalmente en tumbas de inhumación asociadas a individuos de sexo femenino (Torrecillas 1985; Torres 2002: 211; Ferrer – Bandera 2014: 407), aunque no son raros los ejemplares hallados en incineraciones en urna, como puede observarse en los túmulos A y B de Setefilla o en la propia necrópolis de la Cruz del Negro. Son muy excepcionales, en cambio, en ámbitos domésticos y raras veces aparecen vinculados a individuos masculinos, por lo que se ha

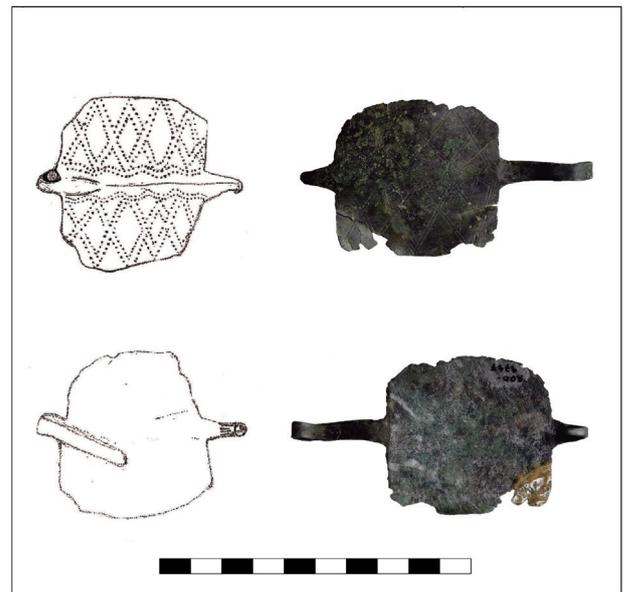


Fig. 8 - Estructura 45.2, broche de cinturón.

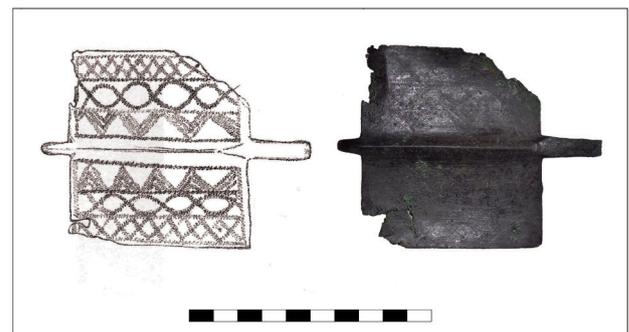


Fig. 9 - Estructura 45.2, broche de cinturón.

especulado sobre la posibilidad de que se trate de un marcador de rango o bien un símbolo relacionado con los ritos de paso a la edad adulta²⁰. Esto vendría corroborado por la edad de los individuos a los que acompaña formando parte del ajuar, por lo general adultos jóvenes (20 a 40 años), como en nuestro caso, o maduros (40-60 años), pero nunca infantiles o preadultos, “lo cual parece indicar que el broche podría ser ceñido entre las mujeres de cierto estatus social y a partir de determinada edad”, por ejemplo, una vez se ha accedido al matrimonio (Ferrer – Bandera 2014: 407-408). Como observan ambos autores, en las tumbas más ricas broches de este tipo suelen ir asociados, además, a ajuares típicamente femeninos constituidos por joyas –sobre todo anillos y collares– y objetos de marfil o hueso.

En este caso el ajuar lo completan únicamente,

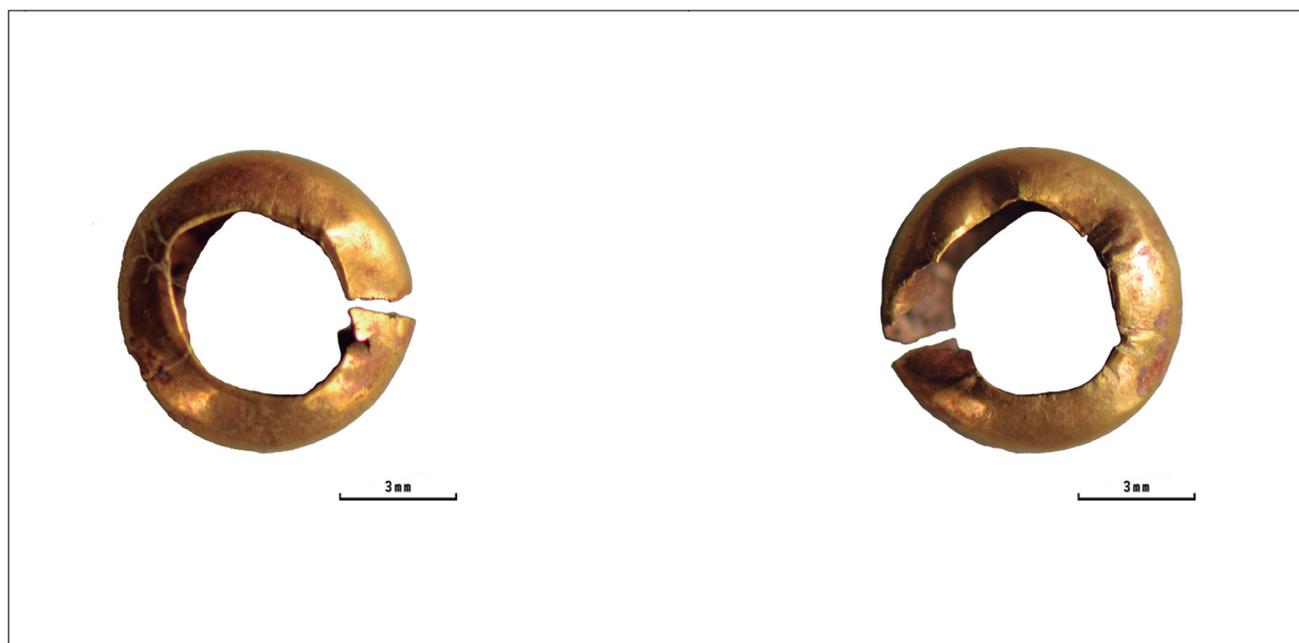


Fig. 10 - Estructura 45.2, cuenta de oro.

como se ha dicho más arriba, una pequeña cuenta de oro, realizada a partir de una lámina recortada y batida en forma de media caña (fig. 10), y un fragmento de cristal de roca.

4. CARACTERIZACIÓN CULTURAL Y SOCIAL DE LOS INDIVIDUOS

Una vez presentados en detalle los datos correspondientes al contexto y los elementos vinculados a ambas estructuras funerarias, así como sus principales paralelos, es forzoso preguntarse por la identidad de los individuos enterrados. Usualmente la atención de los investigadores se ha centrado en el estudio de la ascendencia étnica o cultural, sin embargo creemos que ésta no puede separarse de otras formas de identidad con la que estaría relacionada (Delgado – Ferrer 2007; Marín-Aguilera 2015). Así pues, como ya se ha expuesto en varias ocasiones, en un mismo individuo pueden converger diferentes esferas de adscripción del yo social que se activan dependiendo del contexto y de los interlocutores (Eriksen 1993: 153; James 1999: 70). Entre ellas sobresale la etnicidad, por supuesto, pero también la identidad de clase (estatus), de género y de edad, que en algunos casos pueden estar asociadas (Díaz-Andreu 1998: 205-206).

Por lo que respecta a la identidad étnica, ésta debe analizarse desde una doble perspectiva que

contemple los enfoques *emic* y *etic* (Fernández Götz 2008: 125-126), entendiendo que un individuo es capaz de dotar a determinados objetos de significados concretos y exclusivos, que le permiten exteriorizar su autoadscripción a un grupo, pero asumiendo también que esos objetos son seleccionados de un repertorio relativamente limitado, relacionado con un contexto y con unas formas de vida determinadas –la práctica social que les confiere significado–, por lo que pueden ser apreciados desde fuera del sistema cultural. Asimismo, hay que tener en cuenta el enorme dinamismo que soportan los grupos étnicos, tanto en el tiempo como en el espacio (Gosselain 2000: 188; Ramírez Goicoechea 2011: 240), adaptándose a nuevos entornos sociales, reforzando los vínculos en caso de conflicto o competencia, o incorporando elementos externos, lo que da lugar a fenómenos de hibridación o mestizaje y, por lo tanto, a nuevos procesos etnogenéticos (Van Dommelen 2006: 138-139; García Fernández 2007: 122).

A estos procesos no es ajena la realidad resultante de la colonización fenicia, que puso en contacto culturas y sistemas sociales totalmente distintos. Un escenario en el que concurren no solo el componente local –que en ningún caso puede entenderse como un todo homogéneo– y los comerciantes orientales, sino todo un conjunto de poblaciones de distinto origen que se trasladarían a la Península atraídas por las nuevas posibilidades

que ofrecía la empresa colonial (González Wagner – Alvar 1989: 95; Chaves – Bandera 1993: 73 ss). Así pues, contamos con varias posibilidades a la hora de abordar la cuestión del origen y adscripción cultural de los individuos enterrados:

a) puede tratarse de indígenas, que incorporan importaciones orientales a su ajuar como símbolo de estatus;

b) de elites locales más o menos aculturadas que emulan prácticas y rituales de origen oriental, integrando parte de sus enseres;

c) de población mestiza, con diferente grado de asimilación –y comprensión– de las creencias y tradiciones aportadas por el contingente oriental;

d) de miembros de las comunidades indígenas estrechamente vinculados a los colonos orientales (¿esposas?);

e) de la población oriental asentada en Carmona;

f) de los descendientes de esos colonos orientales, ya sea en segunda, tercera o en *n* generaciones.

Tanto el ritual como el tipo de enterramiento utilizado nos invitan a pensar en gentes orientales o indígenas profundamente aculturados (¿mestizos?), si bien es el ajuar el que permite destacar la enorme singularidad de estas dos tumbas –y, en general, de la propia necrópolis de la Cruz del Negro–, ya sea en relación con las necrópolis fenicias de la costa ya con el resto de las denominadas “necrópolis tartésicas”. Parafraseando a M. Belén, no se puede asegurar que haya enterramientos fenicios en la Cruz del Negro o en cualquier otro cementerio de época tartésica, pero resulta muy probable; el problema –según ella– “sería saber quién es quién en un ambiente de fuerte interacción cultural que debió afectar al sustrato cultural de unos y otros” (Belén 2001: 61).

Por lo que respecta a las ánforas utilizadas como urnas cinerarias, es evidente que nos encontramos ante dos elementos excepcionales dentro del tráfico de productos fenicios en Occidente. Su singularidad viene además apoyada por el hecho de que corresponden ya a la fase productora de las poblaciones fenicias extremo-occidentales (Ramón 2010), es decir, que conviven con otras manufacturas anfóricas regionales, de manera que su selección intencionada parece fuera de toda duda. La aparición de esas ánforas, tanto en hábitats como en necrópolis, se ha relacionado verosímelmente con la importación de vino por parte de los colonos establecidos en la

Península Ibérica²¹. De hecho constituye, junto con algunos recipientes de alabastro de origen egipcio (véase Padró 1986 y, con matices, López Castro 2006: 81-82), una de las pocas evidencias seguras con las que contamos para hablar de la circulación comercial de vino oriental en el Occidente mediterráneo en época arcaica (Guerrero 1989: 147). Sin embargo, los escasos ejemplares aislados documentados hasta la fecha no permitirían hablar de un comercio a gran escala, y mucho menos en un abastecimiento regular (Guerrero 1989: 157). La única excepción la constituyen, como hemos visto, Doña Blanca y la propia ciudad de Cádiz, que ofrecen conjuntos más amplios y bien contextualizados. En este último caso destacan los ejemplares hallados en la calle Cánovas del Castillo: todos corresponden a la misma variante del tipo 2 de Sagona y aparecieron en un único contexto muy bien definido, con una cronología no posterior a la primera mitad del siglo VIII a.C. En consecuencia, es poco probable, o al menos cuestionable, que llegaran directamente a la Península Ibérica cargamentos completos de ánforas orientales, sino que pudo tratarse más bien de lotes que formarían parte de una mercancía mucho más heterogénea, junto a otros productos de origen foráneo, como podría ser la vajilla de lujo griega, perfumes o telas (véase Martín Ruiz 2010).

La muestra dibuja, en cualquier caso, una distribución eminentemente litoral. Esta afirmación es válida también para los contenedores hallados en la Cruz del Negro, pues no hay que olvidar que tanto Carmona como el resto de los asentamientos de los Alcores se situaban a menos de un día de camino a pie de la antigua desembocadura del Guadalquivir. Los centros de arribada serían, en todos los casos, colonias fenicias o comunidades profundamente semitizadas, como ocurre con la propia Carmona, donde hay suficientes evidencias para pensar en la presencia estable de población de origen oriental al menos desde el siglo VII a.C. (Belén – Escacena 1997: 105)²². Todo parece apuntar, por tanto, a que la circulación de caldos orientales se encontraba restringida al ámbito colonial, donde su consumo jugaría un importante papel como elemento de prestigio entre las elites fenicias (Guerrero 1995: 91-92). En ningún momento creemos que constituya un bien de intercambio habitual con el mundo indígena, al que estarían destinadas las producciones locales, de menor calidad, envasadas las ánforas occidentales, especialmente las Ramon T-10.1.1.1 y T-10.1.2.1 (Jiménez – García – Camacho 2005: 685). Por otro lado, la escasez de envases importados en los

asentamientos fenicios permite suponer que buena parte de la demanda colonial quedaría también satisfecha a partir del vino autóctono producido en el hinterland costero (Guerrero 1989: 160)²³. Este carácter exclusivo de los caldos orientales se debe a los diversos valores que adquiere el vino en el mundo fenicio, no solo como alimento, sino también como elemento de distinción social y como bebida ritual, cargada de connotaciones simbólicas.

El vino, como objeto de prestigio, está cargado de significación social, de ahí que su consumo público sea habitual tanto en la vida, dentro de un contexto sacro o aristocrático, que tiende a traspasar con frecuencia las fronteras del mundo colonial, como en la muerte, ya sea a modo de ofrenda o a través de banquetes funerarios²⁴. Al mismo tiempo, el vino adquiere un valor excepcional desde el punto de vista ritual. Al igual que la leche, el agua o la sangre, el vino es para las culturas orientales un líquido sacrificial, mágico (Toussaint-Samat 1991: 87 ss). Por su color y textura el vino –tinto– se asemeja a la sangre pero, a diferencia de ésta, que es producto de un sacrificio, el vino es fruto de la naturaleza, surge de la vida (Jiménez – García – Camacho 2005: 686), por lo que se convierte, junto con el agua –símbolo de pureza y de vitalidad– en una ofrenda excepcional en el servicio funerario, así como también en otros ritos de paso (nacimientos, matrimonios, etc.). Por otra parte, su producción estacional y la necesidad de consumirlo dentro de un plazo temporal determinado tienden a incrementar sus valores ideológicos en el marco de una economía de prestigio (Jiménez – García – Camacho 2005: 686).

Dentro del concepto más amplio de ofrenda habría que distinguir diferentes procedimientos rituales, relacionados con distintos tipos de ceremonias pero realizados con instrumentos similares: la ofrenda propiamente dicha de comida y bebida, depositada en recipientes a tal efecto como parte del ajuar funerario; la libación de líquidos (vino, agua, aceite, etc.) sobre los restos incinerados, sobre la propia tumba o sobre un altar; y el banquete funerario en honor del difunto, en el que lógicamente participan también los asistentes al sepelio (véase Jiménez Flores 1995; Bernardini 2008). Las ánforas orientales (y locales) halladas en las necrópolis de Trayamar o Puente Noy, así como los numerosos casos documentados en otros lugares del Mediterráneo Central y Oriental, como las necrópolis de Cartago, Salamis o Akhziv, por poner solo algunos ejemplos, podrían haber formado parte tanto de las ofrendas de alimentos depositadas en la tumba como del ágape

realizado durante el entierro, acompañadas siempre de la vajilla apropiada para su servicio y consumo (Jiménez Flores 1995: 133-136; Delgado – Ferrer 2007). Sin embargo, puede ocurrir, como se advierte en algunas de las tumbas exhumadas en la Cruz del Negro, pero también en grandes centros coloniales, como Cartago o Mozia, que los recipientes vinarios se empleen además como urnas cinerarias. Algo que no resulta extraño en el ámbito fenicio metropolitano, pues se han registrado ánforas con la misma función en la necrópolis de Tiro al-Bass (Núñez 2014: *passim*; 2015: 238, fig. 4f)²⁵ cuyo set cerámico funerario, dicho sea de paso, guarda estrechos paralelismos con los de las necrópolis fenicias de la Península Ibérica (Núñez 2013). En estos casos, los valores simbólicos del vino trascienden al recipiente: el contenedor se convierte entonces en signo de prestigio y receptáculo del principio vital, como puede extraerse igualmente del engobe rojo que en ocasiones se utiliza como revestimiento (Jiménez – García – Camacho 2005: 686). Lo mismo sucede con las cráteras (Puech 1994) y los vasos de alabastro de origen egipcio –donde, por otra parte, se ha reconocido la posible inspiración de formas cerámicas de tradición fenicia, (Núñez 2013: 40-47)– asociados de igual modo al vino de calidad y reutilizados con frecuencia como contenedores cinerarios no solo en las necrópolis fenicias de la Península Ibérica (Padró 1986), sino también en Cartago (Redissi 1997).

Estos valores simbólicos asociados a las ánforas de vino no parecen ser asumidos, en cambio, por el mundo indígena, donde las ánforas (en ningún caso de origen oriental) y los vasos de alabastro se destinan de forma casi exclusiva a las ofrendas funerarias, ya sea por su contenido o por su valor intrínseco como bien de prestigio (López Castro 2006: 82). Salvo en el caso de la Tumba 9 de La Joya (Garrido 1970: 71-72), donde se elige por su especial tratamiento y decoración, y de los ejemplares documentados en la Tumba 19 de la misma necrópolis (Garrido – Orta 1978: 160-163), las ánforas no suelen emplearse como recipientes cinerarios en las necrópolis “tartésicas”; utilizándose para tal fin preferentemente las urnas globulares con decoración geométrica, por ejemplo *pithoi* y urnas del tipo “Cruz del Negro”, o bien formas abiertas hechas a mano o a torno, como ocurre con los vasos “a chardòn” (Jiménez Flores 2002: 99-100). De cualquier manera, la reutilización de ánforas como contenedores funerarios tampoco es muy habitual en el Mediterráneo Occidental y solo se documenta en necrópolis como Cortijo de San Isidro, en la costa de Málaga (Juzgado – Sánchez – Galindo

2016: 107), Rachgoun, cerca de Orán (Vuillemot 1955: 16-17), o la propia Cruz del Negro (Maier 1992: 109), precisamente lugares donde la presencia de contingentes de origen semita parece más evidente.

En estos casos, la frecuente aparición junto a las tumbas de servicios completos –jarras, copas y páteras– o parciales estaría indicando un consumo a la oriental de las ofrendas alimenticias (Jiménez Flores 2002: 137-139)²⁶, entre las que se encontraba lógicamente el vino; algo que no ocurre en las necrópolis “tartésicas”, donde no se adopta todo el repertorio cerámico fenicio ni aparece el servicio de vino asociado a la manera habitual (Jiménez Flores 2002: 196-197). Por un lado se depositan los recipientes más notables, realizados en metal o alabastro, de forma aislada en un lado de la tumba; mientras que, para la ofrenda de alimentos propiamente dicha, se incorporan algunas formas de la cerámica pintada y común junto a producciones de tradición indígena (copas bruñidas, cerámicas grises, etc.). Lo más llamativo, no obstante, es la total ausencia en estas necrópolis de vasos de servicio (enócoes de boca tribobulada y otros tipos de jarras), que suelen considerarse esenciales para los ritos de libaciones y ofrendas funerarias de líquidos en un ambiente semita (Debergh 1983: 757). Podría señalarse como excepción el Túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres (El Puerto de Santa María), aunque en este caso su interpretación como un enterramiento netamente indígena presenta serias dudas, tanto por su vinculación a Castillo de Doña Blanca y, en general, al ámbito fenicio-púnico de la bahía gaditana, como por la composición de algunos ajuares, similares a los que podemos encontrar en las necrópolis consideradas fenicias (Ruiz Mata – Pérez 1995: 119-120; véase Belén 2001: *passim*). Por otra parte, no podemos dejar de advertir los claros paralelismos entre la estructura, organización y contenido entre el Túmulo 1 de Las Cumbres y los túmulos o círculos funerarios descritos en las necrópolis de Los Alcores y especialmente en la propia Cruz del Negro (Amores – Fernández 2000: 158).

Quedaría por preguntarse a qué responde esta diferencia entre las necrópolis del litoral malagueño (Trayamar, Puente Noy, Laurita, etc.), donde las ánforas, locales o de importación, se emplean casi siempre como ofrenda, y necrópolis como Rachgoun o la Cruz del Negro, para el Mediterráneo Occidental, donde estos recipientes se reutilizan fundamentalmente como contenedores cinerarios. Quizá este fenómeno pueda estar relacionado con la extracción social o el origen de la población inmigrante (González Wagner

– Alvar 1989: 93; Belén – Escacena 1995: 91; Delgado – Ferrer 2007: 46; con matices, Marín-Aguilera 2015: 194-197). Mientras que en los asentamientos coloniales nos encontramos con la rica clase comercial tiria (Pellicer 2007: 38), en cuyas manos se concentraba no solo el control de las importaciones y exportaciones sino también la producción de vino en el *hinterland* costero (Guerrero 1995: 93), las poblaciones asentadas inmediatamente al interior de Tarteso estarían formadas mayoritariamente por pequeños comerciantes, artesanos y campesinos de procedencia diversa, con un menor poder adquisitivo, como queda reflejado en la sobriedad de los ajuares. Ello explicaría también la frecuente aparición, en las proximidades de los establecimientos coloniales de la costa, de tumbas de cámara y tumbas de pozo, que son prácticamente inexistentes en el valle del Guadalquivir (Jiménez Flores 2002: 107 ss), si exceptuamos el supuesto hipogeo hallado cerca de Marchena, hoy desaparecido (Ferrer 1999: fig. 1), o los enterramientos excavados por Bonsor en el Alcázar de Arriba de Carmona (Bonsor 1899: 138, fig. 134), en ambos casos con cronologías claramente posteriores. En aquellas se observa una clara preferencia por los vasos de alabastro de origen egipcio como urna cineraria, dado su valor intrínseco y su función social, de elemento de prestigio e indicador de estatus (Pellicer 2002: 153-155), mientras que el resto del ajuar reproduce en esencia los patrones descritos en las necrópolis metropolitanas (Núñez 2013). Por el contrario, en Los Alcores y en la campiña de Sevilla, donde el tipo predominante de tumba es la fosa simple o el hoyo y cuyo ajuar no presenta la misma coherencia, la función de contenedor corresponde siempre a un recipiente cerámico, estableciéndose entonces la distinción a partir de la procedencia –local o importada– o la cualidad de su contenido, cuyo valor (real o simbólico) es asumido. En este sentido, el lañado del ánfora hallada en la Estructura 45.2 indica claramente que se trata de un bien singular, no de un producto habitual, que merece ser conservado y que es idóneo para ser reutilizado como destino final de los restos del difunto.

En la misma dirección parece apuntar el amuleto egipcizante hallado en la estructura 25, ya que lejos de interpretarse como un signo de prestigio –es aparentemente el único objeto que compone el ajuar– adquiere un gran sentido simbólico al aparecer asociado a un ánfora de procedencia oriental, donde había sido introducido intencionadamente junto con los restos del individuo. Ambos elementos, urna y colgante-amuleto, no fueron elegidos de forma

arbitraria por sus poseedores sino que constituirían producciones excepcionales cargadas de un enorme significado religioso, relacionados respectivamente con la vida y la protección en el más allá. Ello solo podría ser completamente comprensible para una persona educada en la matriz cultural oriental o muy vinculada a las poblaciones fenicias²⁷ a través, por ejemplo, de matrimonios mixtos. Esta última posibilidad resulta aún más plausible si tenemos en cuenta, como hemos podido ver, que los amuletos suelen estar vinculados preferentemente a enterramientos infantiles o a mujeres adultas. Su presencia en los ajuares plantea la cuestión de un posible significado étnico, para lo que no hay aún respuesta ante el escaso porcentaje de sepulturas de este periodo conocidas en territorio levantino, aunque es obvio que, en contexto fenicio, cumplen una función apotropaica esencial, asociada al mundo femenino y la infancia (Dixon 2013: 533-534 y 544-545).

Más compleja es, a nuestro entender, la interpretación de los dos broches de cinturón hallados en la estructura 45.2. Estos objetos de bronce parecen desentonar con un contexto ritual y con un ajuar –ánfora de importación, plato de barniz rojo y cuenta de collar– que nos remite directamente a prácticas orientales. Y decimos parece porque, en realidad, no se ha demostrado que se trate de un atributo exclusivo de las poblaciones indígenas y ni siquiera está claro que su origen sea local. Hace algunos años Jiménez Ávila advirtió del hallazgo de placas de similares características –tanto desde el punto de vista técnico como decorativo– en el Hereo de Argos, que pueden fecharse verosímelmente en época geométrica (Jiménez Ávila 2002: 315). Estos paralelos vendrían a demostrar, una vez más, la conexión comercial de la Península Ibérica con el Egeo en el siglo VIII a.C. y la introducción de técnicas y tipos mediterráneos en los talleres metalúrgicos atlánticos. Pero ello no responde, como a veces se ha pensado, a una etapa geométrica previa o contemporánea a los inicios de la colonización fenicia en Occidente (Bendala 1986: 531), sobre todo cuando los últimos descubrimientos arqueológicos llevados a cabo en Huelva, Cádiz o El Carambolo confirman la presencia estable de comunidades orientales en el sur de la Península a finales del siglo IX a.C., coincidiendo con el horizonte Ría de Huelva (Escacena 2008: 311). Los broches de cinturón “tartésicos” son el resultado del cruce de influencias atlánticas y mediterráneas surgidas al calor del proceso colonial y no un producto genuinamente indígena. No obstante, su presencia

en el Suroeste y el desarrollo de variantes propias que se extienden a su vez hacia la Meseta y Portugal sí lo convierten en un elemento característico de la cultura tartésica, entendida ésta como el fruto de una convergencia de influjos distintos y no exclusivamente como el componente étnico local más o menos aculturado. Como señalan Ferrer y Bandera (2014: 409-410), “se trataría de producciones originales del Suroeste, surgidas a expensas de la conjunción de diversas tradiciones, básicamente la fenicia y la atlántica, que atienden a una amplia demanda que podríamos denominar pluriétnica: no solo satisfacen las expectativas de ostentación de las aristocracias locales, los principales destinatarios de la producción, sino que también se constituyen en bienes preciados que pueden ser utilizados como regalos o como objetos de intercambio por los comerciantes semitas en áreas alejadas de Tarteso (Portugal, Extremadura, Meseta, Levante); e incluso podrían acompañar a sus portadoras si, como se ha propuesto en diversas ocasiones, fuera una costumbre consuetudinaria el intercambio de mujeres entre diversas comunidades”.

Esto último nos permite abordar una cuestión no menos importante, como es el género y estatus de los individuos enterrados. Como señalamos anteriormente, los broches de cinturón aparecen generalmente vinculados a enterramientos femeninos, y en muchos casos ni siquiera encontramos el broche completo, sino solo una de las dos piezas; además, cuando se asocian a inhumaciones, éstos no suelen hallarse junto a la cintura del cadáver, como cabría esperar, sino en distintos puntos de la fosa, con el resto del ajuar. Todo ello nos estaría sugiriendo un valor intrínseco, simbólico o identitario, más allá de su función práctica como parte de la vestimenta o como objeto de lujo (Ferrer – Bandera 2014: 408). El broche de cinturón parece convertirse, pues, en un símbolo de la mujer y, como tal, pudo ser seleccionado para formar parte de los enseres que la persona enterrada llevaría consigo “a la otra vida”. Sin embargo este significado, asociado al género, no puede separarse de otros valores, como es el rango o condición del individuo. En efecto, las últimas investigaciones vienen a coincidir en que la adopción del cinturón pudo estar relacionada con ritos de paso o con el acceso a un determinado estatus social, como es el matrimonio. La edad media de los individuos junto a los cuales se amortizan así parece confirmarlo, como también su ausencia en otros enterramientos femeninos de la misma época o incluso en las mismas necrópolis (Ferrer – Bandera 2014: 408).

Por todo ello, consideramos que quizá nos

encontramos ante las tumbas de colonas orientales que formaron parte de la primitiva comunidad asentada en Carmona, o más probablemente de mujeres indígenas que fueron asimiladas a través de matrimonios mixtos. La coherencia del ajuar indicaría la integración ideológica de estos nuevos elementos en la sociedad receptora, mientras que sus divergencias con las necrópolis fenicias conocidas de la costa andaluza serían el resultado lógico de un proceso de hibridación cuyas peculiaridades solo pueden comprenderse observando el fenómeno a escala local (Van Dommelen 2006: 136-138; Aranegui –Vives-Ferrándiz 2006: 90-02). Paralelamente, nuevas evidencias sobre la necrópolis arcaica de Cádiz y, sobre todo, la aparición de un contexto funerario coetáneo al de la Cruz del Negro, ha puesto de relieve esta problemática desde la otra óptica, la fenicia (Sáez – Belizón 2015). Su mayor proximidad, en lo que se refiere a tipo de enterramiento, rituales realizados y composición del ajuar, con algunas necrópolis consideradas indígenas, como el Túmulo 1 de Las Cumbres o los *busta* de la propia Cruz del Negro –y, en consecuencia, su mayor lejanía respecto a lo que hasta hace poco se tenía por “ortodoxo” entre las prácticas funerarias fenicias (Torres 1999)–, frente a lo que cabría esperar de las primeras generaciones de colonos de supuesta ascendencia tiria, revela la relativa variabilidad de las prácticas que se despliegan en momentos tempranos de la colonización, especialmente en áreas de intensa interacción cultural como probablemente fue la bahía de Cádiz, reabriendo con nuevos matices el debate sobre la introducción de las costumbres funerarias orientales en el interior de Tarteso.

Notas

⁵ - Hoy Casa-Museo Bonsor, si bien buena parte del legado documental y fotográfico se encuentra actualmente depositado en el Archivo General de Andalucía.

⁶ - Los análisis de las cremaciones fueron realizados en su momento por A. Czarnetzki, de la Universidad de Tübingen, y se mantienen aún inéditos.

⁷ - S. Geva propuso por esa misma época la existencia de dos estándares de tamaño y capacidad entre las ánforas de este tipo: una variante grande, de 24 litros, y una pequeña –o más bien estrecha– de unos 16 litros (Geva 1982: 71-72). Un estudio llevado a cabo recientemente a un amplio conjunto de ejemplares a partir de cálculos de capacidad, análisis volumétricos y reconstrucciones 3D ha determinado que una gran parte de ellas conformaban un grupo muy compacto con una capacidad estándar de 19.2 litros, equivalente a 4 *hekats* egipcios, la unidad comercial más utilizada

para líquidos en ese momento (Finkelstein *et al.* 2011: 256-258). Sin embargo nuestro ejemplar, al igual que los especímenes descritos para la forma 387 de Lehmann parecen corresponder a una variante aún menor, de unos 12 litros, como se ha podido comprobar recientemente (Guillén 2014).

⁸ - En general, pueden diferenciarse dos variantes en función del borde: la más frecuente presenta el labio engrosado al exterior, con un estrangulamiento que lo separa claramente de los hombros, o bien un perfil moldurado más o menos elaborado; mientras que en la segunda variante el labio es totalmente plano y de tendencia vertical, arrancando directamente de los hombros. Según Sagona (1982: 76-78), esta segunda variante suele aparecer en las ciudades costeras de Siria-Palestina con mayor frecuencia en los niveles correspondientes a la primera mitad del siglo VIII a.C., mientras que la variante con el labio desarrollado se extiende sobre todo a partir de mediados de esta centuria, siendo especialmente común en las últimas décadas. Gilboa (1995: 10-12), por su parte, distingue al menos cinco variantes a partir de la forma de resolver el borde; sin embargo, no parece que para Lehmann (1996: 433-435) este rasgo sea muy significativo, como sí lo es en cambio la tendencia de las paredes, que dejan de estrecharse en su tercio medio para dar paso a perfiles más acilindrados conforme avanza el siglo VIII a.C.

⁹ - Tampoco en Oriente se ha estudiado sistemáticamente la procedencia de estas vasijas, a lo que hay que sumar la escasez de contextos de producción seguros. En efecto, a excepción de Sarepta (Pritchard 1975; Anderson 1987), apenas se han documentado ejemplares asociados a instalaciones alfareras. Los análisis petrográficos realizados por C. Aznar a un amplio conjunto de muestras de distintos yacimientos (Horvat Rosh Zayit, Hazor, Meggido, Gezer, Akhziv o Ashkelon) apuntan a su fabricación en la costa libanesa, salvo algunas excepciones que podrían responder a imitaciones locales de la zona de Israel (Aznar 2005: 157-159); por su parte, los análisis llevados a cabo sobre los ejemplares extraídos de los pecios Tanit y Elissa (*vid. infra*) no parecen dejar lugar a dudas de su origen fenicio (Ballard *et al.* 2002: 160). Esta hipótesis se ha visto completada recientemente por los resultados obtenidos de las ánforas de Beersheba y Lachish, donde se vuelve a poner de manifiesto la existencia de especímenes de borde moldurado realizados con arcillas propias de la costa de Israel (Singer-Avitz 2010: 189-190).

¹⁰ - Un ejemplar de las mismas características procedente también de Morro de Mezquitilla, aunque mucho más completo, fue publicado posteriormente por Maass-Lindemann (1998: Abb. 1,1), si bien no se señala exactamente el contexto de aparición.

¹¹ - Aunque sus excavadores asocian esta forma al Tipo 5 de Byrsa (Lancel 1982: fig. 601), que se correspondería con el ánfora Cintas 280, por la forma del borde y sus paralelos pensamos que debe tratarse más bien de una variante clásica del Tipo 2 de Sagona.

¹² - C. Aznar (2005: 56), asumiendo la propuesta de Gal y Alexandre (2000: 49-50) sobre los ejemplares de Horbat Rosh Zayit, sitúa el origen de este tipo en el ánfora cilíndrica ancha (correspondiente al tipo 1 de Sagona), producida en la costa sirio-palestina durante el siglo X a.C. Una secuencia similar, aunque con matices, dibuja Pedrazzi (2005: *passim*), sobre todo a partir de los ejemplares de Hazor.

¹³ - La muestra de C14 obtenida en los niveles fundacionales del santuario ofrece una datación con el 95,4% de posibilidades entre 1020 y 810 A.C. Dentro de esta horquilla, el segmento temporal más probable está entre 980 y 830 A.C. con el 68,2% (Fernández Flores – Rodríguez Azogue 2007: 103-104).

¹⁴ - El motivo de las plumas flanqueando otros símbolos (*ḥnh*, *nfr*) o figuras, como el halcón, se documenta en la producción chipriota y levantina desde mediados del s. VII a.C., siendo adoptada posteriormente en los talleres sardos (Hölbl 1986: 195-196 y 234-235, Abb. 30-31, Taf. 136, 1 y 2 y 132, 1).

¹⁵ - Sagona distinguía dos grupos dentro de este tipo de ánforas a partir sobre todo del diámetro de los hombros, cada una con dos variantes respectivas en función de su tamaño (Sagona 1982: 83). El grupo “ancho” oscila entre los 26 y 29 cm de diámetro a la altura de la carena, con dos variantes: una más alargada y otra de cuerpo achatado. Por su parte, en los ejemplares del grupo “esbelto” los hombros no superan los 23 cm de diámetro. Este grupo cuenta también con dos variantes de acuerdo con sus dimensiones: la más alargada, que oscila entre los 45 y 48 cm de altura total, presenta un cuerpo de forma cilíndrica terminando en un fondo apuntado a partir de su tercio inferior; mientras que la variante más corta, también con cuerpo alargado y apuntado, nunca sobrepasa los 40 cm.

¹⁶ - Se encuentra en preparación un estudio monográfico con los resultados de los análisis de FRX realizados sobre estas ánforas, así como sobre el ejemplar de la campaña de 1902, con el fin de aportar nuevos datos sobre su posible procedencia y paralelos productivos.

¹⁷ - Los análisis petrográficos efectuados por C. Aznar a varios ejemplares de Tell Keisan, Tell Miqne y Ashdod remiten de nuevo al litoral libanés como origen probable del tipo Sagona 7, con una producción más especializada y localizada que las Sagona 2 (Aznar 2005: 161 y 209); sin embargo, un espécimen documentado en Tel Beersheba parece haber sido elaborado con arcillas originarias de la costa central de Israel, lo que de nuevo abre la puerta a la existencia de versiones locales (Singer-Avitz 2010: 190).

¹⁸ - Este reciente estudio, realizado a partir de un amplio repertorio de ánforas levantinas documentadas en Chipre entre la Edad del Bronce y el periodo helenístico, trata de identificar y ordenar secuencialmente los principales tipos en relación con sus contextos de amortización, avanzando algunas particularidades y patrones de uso de estos recipientes entre las comunidades insulares y proponiendo las líneas de investigación futuras, que pasan necesariamente por el estudio sistemático de todo el material inédito y la realización de análisis de pasta y de residuos orgánicos que permitan distinguir las producciones locales de las importadas, determinar su procedencia y los posibles contenidos.

¹⁹ - Tumbas 12 (Karageorghis 1970: pl. LXII, 2), 21 (Karageorghis 1970: pl. XCII, 9), 15 (Karageorghis 1970: pl. LXXIX, 15.1) y 30 (Karageorghis 1970: pl. CXIII, 5).

²⁰ - Jiménez Ávila atribuye este significado sobre todo a los ejemplares que presentan placas de ampliación, destinados a marcar los distintos pasos o grados en el desarrollo social del

individuo que lo porta (Jiménez Ávila 2002: 316).

²¹ - La aparición en Hazor de un almacén con más de veinte ejemplares completos correspondientes al tipo 2 de Sagona en las proximidades de una instalación destinada supuestamente al prensado de la uva, ha permitido establecer una relación directa entre este contenedor y la producción y comercialización de vino (Yarim 1960: 22-24). Esta hipótesis se ha visto recientemente confirmada gracias a los análisis efectuados sobre algunas de las ánforas extraídas del cargamento del *Tanit* y el *Elissa*, en las que se ha detectado la presencia de un ácido orgánico que se encuentra fundamentalmente en la uva o en sus derivados (Ballard *et al.* 2002: 160-161).

²² - De hecho, salvo el fragmento identificado –con bastantes reservas– en el poblado de San Bartolomé de Almonte, ningún envase oriental relacionado con el transporte de vino ha podido ser documentado en asentamientos indígenas (Guerrero 1995: 87).

²³ - La aparición de pepitas de *Vitis vinifera* en los primeros niveles de ocupación de Castillo de Doña Blanca se ha asociado con la temprana introducción de la vid cultivada en el entorno de la bahía de Cádiz (Ruiz Mata 1995: 171-173), mientras que su incremento en las fases posteriores podrían confirmar la extensión de estos cultivos en la región (Chamorro 1994). De hecho, en la costa occidental de El Puerto de Santa María se han registrado una serie de huellas en la arena interpretadas como antiguos viñedos que podrían haber sido coetáneos a algunas de las factorías documentadas en sus proximidades, como es el caso de Puerto 19, en cuya Fase II (siglos V-IV a.C.) se volvieron a documentar abundantes restos de *Vitis vinifera*, algunos en el interior de envases anfóricos, así como dos pequeñas “hoces” catalogadas como podaderas (López – Ruiz 2007: 14-15, lám. V-VIII). Sin embargo, son las excavaciones llevadas a cabo recientemente en yacimiento de La Orden-Seminario, en la ciudad de Huelva, las que han puesto al descubierto las evidencias más antiguas relacionables con el cultivo de la vid. Se trata de una serie de sistemas de fosas y zanjas superpuestas, documentadas en una extensión de 23 hectáreas, que en su conjunto dibujan para época protohistórica una secuencia de uso que se iniciaría en torno al siglo IX a.C. y continuaría, con distintas fases, a lo largo de toda la Edad del Hierro hasta los primeros compases del siglo II a.C. (Vera – Echevarría 2013; Echevarría – Vera 2015: 60-65).

²⁴ - Véase, en general, el reciente trabajo de P. Bernardini en relación con la institución del *marzeah* oriental y su perduración –o adaptación– en el mundo fenicio-púnico (Bernardini 2008).

²⁵ - En tal caso, “The presence of jars associated to inhumations in certain metropolitan and colonial cemeteries may indicate that those vessels played a role in the ritual, which was previous to their final use as cinerary urn. Most probably, these jars carried at least part of the ingredients needed for the funerary banquet, and also were used in their preparation and consumption” (Núñez 2015: 238).

²⁶ - Recordemos de nuevo el set cerámico básico descrito para la necrópolis tiria de al-Bass, compuesto por una o dos urnas, sus respectivos platos o tapaderas, una jarra de servicio, una jarra de boca de seta y, finalmente, un vaso o copa (Núñez 2015: 238), al que habría que añadir el resto de objetos personales.

²⁷ - Los ejemplos más próximos de esta práctica en las necrópolis levantinas se detectan, en especial, en Tiro Al-Bass, donde el ritual predominante es la cremación y los amuletos fueron depositados en el interior de la urna, sobre los huesos ya cremados (Aubet 2004: 23; 2006: 40). Cuando el ritual dominante es la inhumación se disponen en lugar destacado: junto a la cabeza, como en una tumba de 'Atlit, datada en periodo persa (Johns 1933: 48, L 23B) o sobre el pecho, en la tumba 2 de Khaldé (Saidah 1966: 59).

AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría agradecer a la dirección y el personal del Museo Arqueológico de Sevilla todas las facilidades prestadas en el acceso y estudio del material depositado en sus fondos, en especial a la responsable del Departamento de Conservación e Investigación, Dña. Concepción San Martín Montilla, así como también a la directora de la Casa-Museo Bonsor de Mairena del Alcor, la Dra. Ana Gómez Díaz, cuya colaboración ha sido fundamental en la búsqueda y contextualización de los paralelos procedentes de las antiguas excavaciones realizadas en la necrópolis de la Cruz del Negro y conservados actualmente en la colección particular de G. Bonsor. Blanca del Espino Hidalgo ha llevado a cabo el montaje gráfico de las imágenes y Miriam Lucíañez Triviño nos ha facilitado las fotografías del amuleto de marfil, realizadas con ayuda de un microscopio. Por último, agradecemos a los Drs. A. Sáez Romero y E. Ferrer Albelda la lectura de este trabajo, así como sus comentarios y sugerencias constructivas. Los errores u omisiones son, en todo caso, responsabilidad de los autores.

5. REFERENCIAS

- ACQUARO, E. (1977) – *Amuleti egiziani ed egittizanti del Museo Nazionale di Cagliari*. Roma.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005) – *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Málaga.
- AMORES CARREDANO, F. - FERNÁNDEZ CANTOS, A. (2000) – La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). En ARANEGUI, C. (ed.) - *Argantonio, rey de Tartessos*. Valencia: 157-163.
- AMORES, F. - AUBET, M^a.E. - GIL, M^a.S. - PUYA, M. (1997) – Cambio cultural y mecanismos de transformación de la sociedad tartésica durante el Bronce Final y el Orientalizante en el Bajo Guadalquivir: el caso de Carmona, Setefilla y El Carambolo. 2^a Campaña, 1992. Excavación sistemática en la necrópolis de Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía 1993 II*: 154-158.
- AMORES, F. - FERNÁNDEZ, A. - GÓMEZ, T. - MARLASCA, R. - MONTERO, M.I. (1999) – Informe de la intervención de urgencia realizada en el yacimiento “La Cruz del Negro” (Carmona, Sevilla), 1995. *Anuario Arqueológico de Andalucía 1995 III*: 513-516.
- AMORES, F. - FERNÁNDEZ CANTOS, A. - GIL DE LOS REYES, S. (2000) – La Cruz del Negro, tumba 45, Carmona, Sevilla. En ARANEGUI, C. (ed.) - *Argantonio, rey de Tartessos*. Valencia: 298.
- AMORES, F. - FERNÁNDEZ, A. - MONTERO, M.I. - PÉREZ, P. (2001) – Informe de la intervención de urgencia realizada en el yacimiento “La Cruz del Negro” (Carmona, Sevilla), 1997. *Anuario Arqueológico de Andalucía 1997 III*: 540-544.
- ANDERSON, P.W. (1987) – The kilns and workshops of Sarepta (Safard, Lebanon): Remnants of a Phoenician ceramic industry. *Berytus* 35: 41-66.
- ANDERSON, P.W. (1988) – *Sarepta I. The Late Bronze and Iron Age Strata of Area II*, Y. Beirut.
- ARANEGUI GASCÓ, C. - VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2006) – Encuentros coloniales, respuestas plurales: los ibéricos antiguos en la fachada mediterránea central. En BELARTE, M.C. - SANMARTÍ, J. (eds.) - *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental, Homenatge a Miquel Cura*. Barcelona (*Arqueo Mediterrània* 9): 89-107.
- AUBET SEMMLER, M^a.E. (1976-78) – La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). *Ampurias* 38-40: 267-288.
- AUBET SEMMLER, M^a.E. (1978a) – Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir: I. Cruz del Negro. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 44: 15-88.
- AUBET SEMMLER, M^a.E. (1978b) – *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (Túmulo B)*. Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M^a.E. (1995) – Nueva necrópolis fenicia de incineración en Lagos (Málaga). En FANTAR, M. - GHAKI, M. (eds.) - *Actes du IIIe Congrès International des Études Phéniciennes et Punique* I. Túnez: 20-40.
- AUBET SEMMLER, M^a.E. (1999) – La secuencia arqueológica del Cerro del Villar. En GONZÁLEZ PRATS, A. (coord.), *Cerámica fenicia en occidente: centros de producción y áreas de comercio*. Alicante: 41-68.
- AUBET SEMMLER, M^a.E. (2004) – The Iron Age Cemetery. En AUBET, M^a.E. (ed.), *The Phoenician Cemetery of Tyre-Al Bass: Excavations 1997-1999 (BAAL Hors-Serie I)*. Beirut: 9-62.
- AUBET SEMMLER, M^a.E. (2006) – Burial, symbols and mortuary practices in a Phoenician tomb. En HERRING, E. et al. (eds.) - *Across Frontiers. Etruscans, Greeks, Phoenicians & Cypriots*. Londres: 37-47.
- AUBET, M^a.E. - CZARNETZKI, A. - DOMINGUEZ, C. -

- GAMER-WALLERT, I. - TRESILLO, L. (1991) – *Sepulturas fenicias en Lagos (Vélez-Málaga, Málaga)*. Sevilla.
- AZNAR SÁNCHEZ, C. (2005) – *Exchange networks in the Southern Levant during the Iron Age II: A study of pottery origin and distribution (Ph.D. diss. Harvard University)*. Cambridge (Massachusetts).
- BALLARD, R.D. - STAGER, L.E. - MASTER, D. - YOERGER, D. - MINDELL, D. - WHITCOMB L.L. - SINGH, H. - PIECHOTA, D. (2002) – Iron Age Shipwrecks in Deep Water off Ashkelon, Israel. *American Journal of Archaeology* 106: 151-168.
- BELÉN DEAMOS, M^a. (2001) – La cremación en las necrópolis tartésicas. En GARCÍA R. - MORALES, J. (coord.), *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*. Cuenca: 37-78.
- BELÉN DEAMOS, M^a. - ESCACENA CARRASCO, J.L. (1995) – Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir. *Kolaios* 4: 67-101.
- BELÉN DEAMOS, M^a. - ESCACENA CARRASCO, J.L. (1997) – Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía Occidental. *Spal* 6: 103-131.
- BELÉN DEAMOS, M^a. - ANGLADA, R. - ESCACENA, J.L. - JIMÉNEZ, A. - LINEROS, R. - RODRÍGUEZ, I. (1997) – *Arqueología en Carmona (Sevilla)*. Excavaciones en la casa-palacio del Marqués de Sotillo. Sevilla.
- BENDALA GALÁN, M. (1986) – La Baja Andalucía durante el Bronce Final. En *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Sevilla: 530-536.
- BERNARDINI, P. (2008) – La morte consacrata. Spazi, rituali e ideologia nella necropoli e nel tofet di Sulky fenicia e púnica. En DUPRÉ, X. - RIBICHINI, S. - VERGER, S. (eds.) - *Saturnia tellus. Definizioni dello spazio consacrato in ambiente etrusco, italico, fenicio-punico, iberico e céltico*. Roma: 639-658.
- BIKAI, P.M. (1978a) – The Late Phoenician Pottery Complex and Chronology. *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 228: 47-56.
- BIKAI, P.M. (1978b) – *The Pottery of Tyre*. Warminster.
- BIKAI, P.M. (1987) – *The Phoenician Pottery of Cyprus*. Nicosia.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1960) – Orientalia II. *Archivo Español de Arqueología* 33: 3-25.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M^a. (1986) – La colonización fenicia en la Alta Andalucía (Oretania). S. VIII-VI a.C. *Rivista di Studi Fenici* XIV-1: 53-80.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M^a. (2011) – Chipre y la Península Ibérica. En ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (coord.) - *Fenicios en Tartesos: nuevas perspectivas*. Oxford: 7-31.
- BONSOR, G.E. (1899) – *Les colonies agricoles pre-romaines de la Vallée du Bétis*. Paris.
- BUCHNER, G. (1982) – Die Beziehungen zwischen der euböischen Kolonie Pithekoussai auf der Insel Ischia un dem nordwestsemitischen Mittelmeerraum in der zweiten Hälfte des 8 Jhs. V. Chr. En NIEMEYER, H.G. (coord.) - *Phönizier im Westen*. Mainz am Rhein (Madriider Beiträge 8): 277-306.
- CHAMORRO, J.G. (1994) – Flotation strategy: Method and Sampling Plant Dietary Resources of Tartessian Times at Doña Blanca. En ROSELLÓ IZQUIERDO, E. - MORALES MUÑIZ A. (coords.) - *Castillo de Doña Blanca. Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz, Spain (750-500 B.C.)*. Oxford: 2-34.
- CHAVES TRISTÁN, F. - BANDERA ROMERO, M^a.L. DE LA (1991) - Aspectos de la urbanística en Andalucía Occidental en los S. VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla). En ACQUARO E. (ed.) - *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* II. Roma: 691-714.
- CHAVES TRISTÁN, F. - BANDERA ROMERO, M^a.L. DE LA (1993) - Problemática de las cerámicas orientalizantes y su contexto. En UNTERMANN, J. - VILLAR F. (eds.) - *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. Salamanca: 49-89.
- CHELBI, F. (1991) – A propos des Amphores archaïques de Carthage. En ACQUARO, E. (ed.) - *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* II. Roma: 715-732.
- CINTAS, P. - JULY, J.J. (1980) – Onze sépultures de la nécropole archaïque de Motyè. *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* 14: 31-52.
- DEBERGH, J. (1983) – La libation funéraire dans l'Occident punique. Le témoignage des nécropoles. En *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* III. Roma: 757-761.
- DELGADO, A. - FERRER, M. (2007) – Alimentos para los muertos: mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales. *Treballs d'Arqueologia* 13: 26-68.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1998) – Ethnicity and Iberians: The Archaeological Crossroads between Perception and Material Culture. *European Journal of Archaeology* 1-2: 199-218.
- DIXON, H.M. (2013) – *Phoenician Mortuary Practice in the Iron Age I – III (ca. 1200 – ca. 300 BCE) Levantine "Homeland"* (Ph.D. diss. University of Michigan). Ann Arbor (Michigan).
- ECHEVARRÍA SÁNCHEZ, A. - VERA RODRÍGUEZ, J.C. (2015) – Los inicios de la viticultura en la Península Ibérica a partir de las huellas de cultivo. En FRANCIA VERDE, R. (coord.) - *Historia y arqueología en la cultura del vino*. Logroño: 57-68.
- ERIKSEN, T.H. (1993) – *Ethnicity and Nationalism*.

- Anthropological Perspectives*. Londres.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. (2008) – Cantos de sirena: la precolonización fenicia de Tartessos. En CELESTINO, S. - RAFAEL, N. - ARMADA X.-L. (eds.) - *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII Ane)*. *La precolonización a debate*. Madrid: 301-322.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. - IZQUIERDO DE MONTES, R. (1999) – Proyecto Estuario. Intervención arqueológica de 1994. *Anuario Arqueológico de Andalucía 1994 II*: 161-166.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. - IZQUIERDO DE MONTES, R. (2001) – Oriente en Occidente. Arquitectura civil y religiosa en un barrio fenicio de la Caura tartésica. En RUIZ MATA, D. - CELESTINO, S. (eds.) - *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid: 123-157.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. - RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007) – *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Sevilla.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M.A. (2008) – *La construcción arqueológica de la etnicidad*. Noia (A Coruña).
- FERRER ALBELDA, E. (1999) – La olvidada “necrópolis fenicia” de Marchena (Sevilla). *Spal* 8: 101-114.
- FERRER ALBELDA, E. - BANDERA ROMERO, M^a.L. DE LA (2014) – Los broches de cinturón. En FERNÁNDEZ FLORES, A. et al. (coords.) - *La necrópolis de época tartésica de La Angorilla, Alcalá del Río, Sevilla*. Sevilla: 403-428.
- FINKELSTEIN, I. - ZAPASSKY, E. - GADOT, Y. - MASTER, D.E. - STAGER, L.E. - BENENSON, I. (2011) – Phoenician “torpedo” amphoras and Egypt: Standardization of volume based on linear dimensions. *Ägypten und Levante* 21: 249-259.
- GAL, Z. (1992) – *Lower Galilee during the Iron Age (American Schools of Oriental Research Dissertation Series, 8)*. Eisenbrauns.
- GAL, Z. - ALEXANDRE, Y. (2000) – *Horbat Rosh Zayit. An Iron Age Storage Fort and Village (IAA Reports 8)*. Jerusalem.
- GAMER-WALLERT, I. (1978) – *Agyptische und agyptisierende Funde von der Iberischen Halbinsel*. Wiesbaden.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2007) – Etnología y etnias de la Turdetania en época prerromana. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 33: 117-143.
- GARRIDO ROIZ, J.P. (1970) – *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva*. Madrid (*Excavaciones Arqueológicas en España*, 71).
- GARRIDO ROIZ, J.P. - ORTA GARCÍA, M. (1978) – *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva II*. Madrid (*Excavaciones Arqueológicas en España* 96).
- GAUCKLER, P. (1915) – *Nécropoles puniques de Carthage*. Paris, 2 vol.
- GENER, J.M. - NAVARRO, M.Á. - PAJUELO, J.M. - TORRES, M. - DOMÍNGUEZ, S. (2012) – Las crétulas del siglo VIII a.C. de las excavaciones del solar del Cine Cómico (Cádiz). *Madrid Mitteilungen* 33: 134-185.
- GENER, J.M. - NAVARRO, M.Á. - PAJUELO, J.M. - TORRES, M. - LÓPEZ ROSENDO, E. (2014) – Arquitectura y urbanismo de la Gadir fenicia: el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz. En BOTTO, M. (ed.) - *Los Fenicios en la Bahía de Cádiz: Nuevas investigaciones*. Pisa/Roma: 15-50.
- GEVA, S. (1982) – Archaeological Evidence for the Trade Between Israel and Tyre. *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 248: 69-72.
- GIARDINO, S. (2017) – Phoenician ceramic tableware between East and West: some remarks on open forms and on their absolute chronology. *Cartagine. Studi e Recherche* 2: 1-21.
- GIL DE LOS REYES, S. - PUYA GARCÍA DE LEÁNIZ, M. (1995) – Excavaciones en la necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). En FANTAR, M. - GHAKI, M. (eds.) - *Actes du IIIe Congrès International des Études Phéniciennes et Puniqes I*. Túnez: 83-97.
- GIL DE LOS REYES, S. - PUYA, M. - VIÑALES, O. - LUQUE, J.M. - MAIER, J. - FRANCO, C. - HUECAS, J.M. (1991) – Informe preliminar sobre el resultado de la excavación de emergencia de la necrópolis tartésica de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía 1989 III*: 611-612.
- GILBOA, A. (1995) – Typology and chronology of the Iron Age pottery and the chronology of Iron Age assemblages. En STERN, E. (ed.) - *Excavations at Dor, final report. Volume IB. Areas A and C: the finds*. Jerusalem: 1-49.
- GJERSTAD, E. - LINDROS, J. - SJÖQVIST, E. - WESTHOLM, A. (1935) – *The Swedish Cyprus Expedition, vol. II. Finds and results of the excavation in Cyprus 1927-1931*. Estocolmo.
- GJERSTAD, E. (1948) – *The Swedish Cyprus Expedition, vol. II (2). The Cypro-Geometric, Cypro-Achaic and Cypro-Classical Periods*. Estocolmo.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F. - SERRANO, L. - LLOMPART, J. (2004) – *El emporio fenicio precolonial de Huelva: (ca. 900-770 a.C.)*. Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2011) – Las ánforas. (Tipos 1 a 6). En GONZÁLEZ PRATS, A. (ed.) - *La Fonteta. Excavaciones de 1996-2002 en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura*. Alicante: 291-374.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1996) – Elementos

- cronológicos y consideraciones históricas para una periodización de la presencia fenicia en la Península Ibérica. En ACQUARO, E. (ed.) - *Alle soglie della classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di S. Moscati*, vol. 1. Pisa/Roma: 423-440.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. - ALVAR EZQUERRA, J. (1989) – Fenicios en Occidente: la colonización agrícola. *Rivista di Studi Fenici* XVIII-1: 61-102.
- GOSSELAIN, O.P. (2000) – Materializing identities. An African perspective. *Journal of Archaeological Method and Theory* 7-3: 187-217.
- GUERRERO AYUSO, V.M. (1989) – Las ánforas Cintas 282/283 y el comercio de vino fenicio en Occidente. *Saguntum* 22: 147-164.
- GUERRERO AYUSO, V.M. (1995) – El vino en la protohistoria del Mediterráneo Occidental. En CELESTINO, S. (ed.) - *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Jerez de la Frontera: 75-104.
- HADJISAVVAS, S. (2012) – *The Phoenician Period - Necropolis of Kition*, vol. I. Larnaka.
- HERRMANN, C. (2002) – *Ägyptische Amulette aus Palästina/Israel, Band II (Orbis Biblicus et Orientalis 184)*. Göttingen.
- HÖLBL, G. (1986) – *Ägyptische Kulturgut im Phönizischen und Punischen Sardinien*. Leiden.
- JAMES, S. (1999) – *The Atlantic Celts. Ancient people or modern invention?* Londres.
- JAMES, P. (2008) – The Alleged “Anch or Point” of 732 BC for the Destruction of Hazor V. *Antiguo Oriente* 6: 137-183.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002) – *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid.
- JIMÉNEZ BARRIENTOS, J.C. (1990) – Aspectos rituales funerarios de la necrópolis de La Cruz del Negro. Carmona (Sevilla). *Zephyrus* 43: 215-222.
- JIMÉNEZ FLORES, A.M^a. (1995) – Ritual funerario y sociedad: el banquete funerario en las necrópolis fenicias de la Península Ibérica. *Kolaios* 4: 123-140.
- JIMÉNEZ FLORES, A.M^a. (2002) – *Pueblos y tumbas. El impacto oriental en los rituales funerarios del Extremo Occidente*. Écija (Sevilla).
- JIMÉNEZ FLORES, A.M^a. (2007) – Escarabeos en el mundo fenicio-púnico: Magia y religiosidad. En COSTA, B. (ed.) - *Magia y superstición en el mundo fenicio-púnico. XXI Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*. Ibiza: 169-193.
- JIMÉNEZ FLORES, A.M^a. - GARCÍA, F.J. - CAMACHO, M. (2005) – In vino humanitas: el vino y su función socio-ideológica en el mundo orientalizante. En CELESTINO, S. - JIMÉNEZ, ÁVILA, J. (eds.) - *El periodo orientalizante*. Mérida (*Anejos de Archivo Español de Arqueología* XXXV), vol. I: 683-691.
- JOHNS, C.N. (1933) – Excavations at Atlit (1930-1931): The South-Eastern Cemetery. *Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine* 2: 41-104.
- JUZGADO NAVARRO, M. - SÁNCHEZ, V. - GALINDO, L. (2016) – La Fase I de la necrópolis fenicia arcaica del Cortijo de San Isidro (Bahía de Málaga). Reflejos en Occidente del ritual fenicio de enterramiento a finales del s. IX a.C. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 42: 103-118.
- KARAGEORGHIS, V. (1970) – *Excavation in the Necropolis of Salamis*, vol. II. Nicosia.
- KNAPP, A.B. - DEMESTICHA, S. (2017) – *Mediterranean Connections. Maritime Transport Containers and Seaborne Trade in the Bronze and Early Iron Ages*. Nueva York.
- LANCEL, S. (1982) – *Byrsa II. Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978: niveaux et vestiges puniques*. Roma.
- LEHMANN, G. (1996) – *Untersuchungen zur späten Eisenzeit in Syrien und Libanon. Stratigraphie und Keramikformen zwischen ca. 720 bis 300 v.Chr.* Münster.
- LEHMANN, G. (1998) – Trends in the Local Pottery Development of the Late Iron Age and Persian Period in Siria and Lebanon, ca. 700 to 300 B.C. *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 311: 7-37.
- LEHMANN, G. (2002) – V. Iron Age. En KEMPINSKI, A. - SCHEFTELOWITZ, N. - OREN, R. (eds.), *Tel Kabri: The 1986-1993 Excavations*. Tel Aviv: 178-222.
- LEVY, T.E. - HIGHAM, T. (2005) – *The Bible and Radiocarbon Dating. Archaeology, Text and Science*. Londres-Oakville.
- LÓPEZ AMADOR, J.J. - RUIZ GIL, J.A. (2007) – Arqueología de la vid y el vino en El Puerto de Santa María. *Revista de Historia de El Puerto* 38: 11-36.
- LÓPEZ CASTRO, J.L. (2006) – Colonials, merchants and alabaster vases: the western Phoenician aristocracy. *Antiquity* 80-1: 74-88.
- LÓPEZ GRANDE, M^a.J. (2007) – Los amuletos y su función mágico-religiosa en el antiguo Egipto. En COSTA, B. (ed.) - *Magia y superstición en el mundo fenicio-púnico. XXI Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*. Ibiza: 49-96.
- LÓPEZ GRANDE, M^a.J. - VELÁZQUEZ, F. - FERNÁNDEZ, J.H. - MEZQUIDA, A. (2014) – *Amuletos de iconografía egipcia procedentes de Ibiza*. Ibiza.
- MAASS-LINDEMANN, G. (1995) – Zur Gründungsphase der Phönikischen Niederlassung auf dem Morro de Mezquitilla. *Madridrer Mitteilungen* 36: 241-245.
- MAASS-LINDEMANN, G. (1998) – Die Zeitbestimmung der früher phönikischen Kolonien des 8. Jhs. v.Chr. in Spanien. En ROLLE, R. - SCHMIDT, K. - DOCTER, R.F. (eds.) - *Archäologische Studium in Kontaktzonen der*

- Antiken Welt*. Göttingen: 539-544.
- MAIER ALLENDE, J. (1992) – La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla): Excavaciones de 1900 a 1905. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 19: 95-119.
- MAIER ALLENDE, J. (1999) – La necrópolis tartésica de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla) ayer y hoy. *Madridier Mitteilungen* 40: 97-114.
- MARÍN-AGUILERA, B. (2015) – Borderlands in the Making: Deterritorialisation in South Iberia (9th-6th Centuries BC). *Complutum* 26-1: 189-203.
- MARTÍN RUIZ, J.A. (2010) – Comercio cananeo y fenicio a través del cargamento transportado en los pecios hallados en el Mediterráneo. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 12: 127-138.
- MONTEAGUDO, L. (1953) – “Album gráfico de Carmona”, por G. Bonsor. *Archivo Español de Arqueología* 26: 356-370.
- MÜLLER WINKLER, C. (1987) – *Die ägyptischen Objekt-Amulette (OBO Series Archaeologica 5)*. Friburgo.
- MUÑOZVICENTE, A. (1995-1996) – Secuencia histórica del asentamiento fenicio-púnico de Cádiz: un análisis crono-espacial tras quince años de investigación arqueológica. *Boletín del Museo de Cádiz* VII: 77-105.
- NÚÑEZ CALVO, F.J. (2013) – De Tiro a Almuñécar. Conexiones metropolitanas de un contexto colonial fenicio. *Madridier Mitteilungen* 54: 27-88.
- NÚÑEZ CALVO, F.J. (2014) – The ceramic repertoire of the Iron Age. En AUBET, M.E. -NÚÑEZ, F.J. - TRELISÓ, L. (eds.) - *The Phoenician Cemetery of Tyre-Al Bass II. Archaeological Seasons 2002-2005 (BAAL Hors Série IX)*. Beirut: 261-371.
- NÚÑEZ CALVO, F.J. (2015) – The al-Bass funerary ceramic set. En FEICHE, A.-M. (ed.) - *Cult and ritual on the Levantine coast and its impact on the Eastern Mediterranean Realm (BAAL Hors Série X)*. Beirut: 235-254.
- ORSINGHER, A. (en prensa) – Levantine-type transport amphorae in Cyprus during the Bronze and Iron Ages: Issues and Perspectives. En *1st Amphoras in the Phoenician-Punic World Congress - The State of the Art (Gante, 15-17 de diciembre de 2016)*.
- PADRÓ, J. (1986) – Las importaciones egipcias en Almuñécar y los orígenes de la colonización fenicia en la península Ibérica. En *Homenaje a L. Siret (1934-1984)*. Sevilla: 526-529.
- PEDRAZZI, T. (2005) – Riflessioni su alcuni tipi anforici fenici fra Oriente e Occidente. *Egitto e Vicino Oriente* XXVIII: 287-299.
- PELLICER CATALÁN, M. (2002) – Necrópolis fenicias arcaicas de la Península Ibérica. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría* XXX: 147-167.
- PELLICER CATALÁN, M. (2007) – *La necrópolis Lautira (Almuñécar, Granada) en el contexto de la colonización fenicia*. Barcelona (*Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 15).
- PETRIE, W.M.FI. (1914) – *Amulets*. Londres.
- PRITCHARD, J. (1975) – *Sarept: A Preliminary Report on the Iron Age*. Filadelfia.
- PRITCHARD, J. (1988) – *Sarepta IV. The Objects from Area II, X*. Beirut.
- PUECH, E. (1994) – Une cratère phénicien inscrit: rites et croyances. *Transeuphratène* 8: 47-73.
- RAMÍREZ GOICOECHEA, E. (2011) – *Etnicidad, identidad, interculturalidad: teoría, conceptos y procesos de la relacionalidad grupal humana*. Madrid.
- RAMONTORRES, J. (1995) – *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona.
- RAMON TORRES, J. (2010) – La cerámica fenicia del Mediterráneo Extremo-occidental y del Atlántico (S. VIII – 1R 1/3 del VI a.C.). En *Motya and the phoenician ceramic repertoire between the Levant and the West 9th – 6th century BC. Proceedings of the International Conference held in Tome, 26th February 2010*. Roma: 211-253.
- REDISSI, T. (1997) – Les vases d’algâtre égyptiens de Carthage. *Revue du Centre d’Etudes de la Civilisation Phénicienne-Punique et des Antiquités Libyques* X: 115-131.
- REGEV, D. (2004) – The phoenician amphora. En EIRING, J. - LUND, J. (eds.) - *Transport amphorae and trade in the Eastern Mediterranean. Acts of the International Colloquium held at the Danish Institute at Athens*. Aarhus: 337-352.
- RUFETE TOMICO, P. (1989) – La cerámica con barniz rojo de Huelva. En AUBET, M^a.E. (ed.) - *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell: 375-394.
- RUFETE TOMICO, P. (1999) – Las primeras cerámicas fenicias en los poblados tartésicos de Huelva. En GONZÁLEZ PRATS, A. (coord.) - *Cerámica fenicia en occidente: centros de producción y áreas de comercio*. Alicante: 215-240.
- RUIZ MATA, D. (1993) – Los fenicios de época arcaica –s. VIII-VII a.C.– en la bahía de Cádiz. Estado de la cuestión. En TAVARES, A.A. (ed.) - *Os fenicios no território português (Estudos Orientais IV)*. Lisboa: 23-72.
- RUIZ MATA, D. (1995) – El vino en época prerromana en Andalucía occidental. En CELESTINO, S. (ed.) - *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Jerez de la Frontera: 157-202.

- RUIZ MATA, D. - PÉREZ PÉREZ, C.J. (1995) – *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María (Cádiz).
- RUIZ MATA, D. - CÓRDOBA ALONSO, I. (2005) – El asentamiento fenicio arcaico de la calle Cánovas del Castillo (Cádiz). Un análisis preliminar. En CELESTINO, S. - JIMÉNEZ, ÁVILA, J. (eds.) - *El periodo orientalizante. Mérida (Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV)*, vol. I: 1269-1322.
- SÁEZ ROMERO, A.M. - BELIZÓN ARAGÓN, R. (2015) – Excavaciones en la calle Hércules, 12 de Cádiz. Avance de resultados y primeras propuestas acerca de la posible necrópolis púnica insular de Gadir. En BOTTO, M. (ed.) - *Los Fenicios en la Bahía de Cádiz: Nuevas investigaciones*. Pisa/Roma: 181-201.
- SAGONA, A. (1982) – Levantine storage jars of the 13th to 4th Century B.C. *Opuscula Atheniensia* XIV: 73-110.
- SAIDAH, R. (1966) – Fouilles de Khaldé. Rapport préliminaire sur la première et deuxième campagnes (1961-1962). *Bulletin du Musée de Beyrouth* 19: 51-90.
- SCHUBART, H. (1987) – Hallazgos fenicios y del Bronce Final en la desembocadura del río Guadiaro (Cádiz). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986 II: 200-227.
- SCHUBART, H. - MAASS-LINDEMANN, G. (1984) – Toscanos. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 18: 39-205.
- SHAW, J.W. (1989) – Phoenicians in Southern Crete. *American Journal of Archaeology* 93: 165-183.
- SHAW, J.W. (2000) – The Phoenician Shrine, ca. 800 a.C., at Kommos in Crete. En AUBET, M^a.E. - BARTHÉLEMY, M. (coords.) - *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, III. Cádiz: 1107-1119.
- SINGER-AVITZ, L. (2010) – A Group of Phoenician Vessels from Tel Beersheba. *Tel Aviv* 37: 188-199.
- TORRECILLAS GONZÁLEZ, J.F. (1985) – *La necropolis de época tartésica de «Cerrillo Blanco» (Porcuna, Jaén)*. Jaén.
- TORRES ORTIZ, M. (1999) – *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*. Madrid.
- TORRES ORTIZ, M. (2002) – *Tartessos*. Madrid.
- TORRES, M. - LÓPEZ, E. - GENER, J.M. - NAVARRO, M.Á. - PAJUELO, J.M. (2014) – El material cerámico de los contextos fenicios del “Teatro Cómico” de Cádiz: un análisis preliminar. En BOTTO, M. (ed.) - *Los Fenicios en la Bahía de Cádiz: Nuevas investigaciones*. Pisa/Roma: 51-82.
- TOUSSAINT-SAMAT, M. (1991) – *Historia natural y moral de los alimentos 3. El aceite, el pan y el vino*. Madrid.
- VAN DOMMELEN, P. (2006) – The Orientalizing Phenomenon: Hybridity and Material Culture in the Western Mediterranean. En RIVA, C. - VELLA, N.C. (eds.) - *Debating Orientalization. Multidisciplinary approaches to change in the ancient Mediterranean*. Londres: 135-152.
- VEGAS, M. (1998) – *Cartago fenicio-púnica. Las excavaciones alemanas en Cartago 1975-1997*. Barcelona (*Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 4).
- VEGAS, M. (1999) – Eine archaische Keramikfüllung aus einem Haus am Kardo XIII in Cartago. *Römische Mitteilungen* 106: 395-438.
- VERA RODRÍGUEZ, J.C. - ECHEVARRÍA SÁNCHEZ, A. (2013) – Sistemas agrícolas del I milenio a.C. en el yacimiento de La Orden-Seminario de Huelva. Viticultura protohistórica a partir del análisis arqueológico de las huellas de cultivo. En CELESTINO, S. - BLÁNQUEZ, J. (eds.) - *Patrimonio cultural de la vid y el vino*. Madrid: 95-106.
- VERCOUTTER, J. (1945) – *Les objets égyptiens et égyptisants du mobilier funéraire carthaginois*. Paris.
- VUILLEMOT, G. (1955) – La nécropole punique du Phare dans l’île Rachgoun (Orán). *Lybica* 3: 7-62.
- WARD, W.A. (1991) – The scarabs, scaraboid and amulets-plaque from Tyrian cinerary urns. *Berytus* 39: 89-100.
- WHITTAKER, C.R. (1974) – The western Phoenicians: colonisation and assimilation. *Proceedings of the Cambridge Philosophical Society* 200: 58-79.
- YADIN, Y. - AHARONI, Y. - AMIRAN, R. (1960) – *Hazor II: An Account of the Second Seasons of Excavations, 1956*. Jerusalén.
- ZEMMER, A. (1978) – *Storage Jars in Ancient Sea Trade*. Haifa.

OPHIUSSA

POLÍTICA EDITORIAL

A *Ophiussa* – Revista do Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa foi iniciada em 1996, tendo sido editado o volume 0. A partir do volume 1 (2017) é uma edição impressa e digital da UNIARQ – Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.

O principal objectivo desta revista é a publicação e divulgação de trabalhos com manifesto interesse, qualidade e rigor científico sobre temas de Pré-História e Arqueologia, sobretudo do território europeu e da bacia do Mediterrâneo.

A *Ophiussa* – Revista do Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa publicará um volume anual. A partir de 2018, os artigos submetidos serão sujeitos a um processo de avaliação por parte de revisores externos (*peer review*). O período de submissão de trabalhos decorrerá sempre no primeiro trimestre e a edição ocorrerá no último trimestre de cada ano.

A revista divide-se em duas secções: artigos científicos e recensões bibliográficas. Excepcionalmente poderão ser aceites textos de carácter introdutório, no âmbito de homenagens ou divulgações específicas, que não serão submetidos à avaliação por pares. Isentas desta avaliação estão também as recensões bibliográficas.

Todas as submissões serão avaliadas, em primeira instância, pela Coordenação Editorial, no que respeita ao seu conteúdo formal e à sua adequação face à política editorial e às normas de edição da revista. Os trabalhos que cumprirem estes requisitos serão posteriormente submetidos a um processo de avaliação por pares cega / *blind peer review* (mínimo de dois revisores). O Conselho Científico, constituído pela direcção da UNIARQ e por investigadores externos, acompanhará o processo de edição.

Esta etapa será concretizada por investigadores externos qualificados, sendo os respectivos pareceres entregues num período não superior a três meses. Os revisores procederão à avaliação de forma objectiva, tendo em vista a qualidade do conteúdo da revista; as suas críticas, sugestões e comentários serão, na medida do possível, construtivos, respeitando as capacidades intelectuais do(s) autor(es). Após a recepção dos pareceres, o(s) autor(es) tem um prazo máximo de um mês para proceder às alterações oportunas e reenviar o trabalho.

A aceitação ou recusa de artigos terá como únicos factores de ponderação a sua originalidade e qualidade científica. O processo de revisão é confidencial, estando assegurado o anonimato dos avaliadores e dos autores dos trabalhos, neste último caso até à data da sua publicação.

Os trabalhos só serão aceites para publicação a partir do momento em que se conclua o processo da revisão por pares. Os textos que não forem aceites serão devolvidos aos seus autores. O conteúdo dos trabalhos é da inteira responsabilidade do(s) autor(es) e não expressa a posição ou opinião do Conselho Científico ou da Coordenação Editorial. A Revista *Ophiussa* segue as orientações estabelecidas pelo Committee on Publication Ethics (COPE, Comité de Ética em Publicações): <https://publicationethics.org/>

O processo editorial decorrerá de forma objectiva, imparcial e anónima. Erros ou problemas detetados após a publicação serão investigados e, se comprovados, haverá lugar à publicação de correções, retratações e/ou respostas. As colaborações submetidas para publicação devem ser inéditas. As propostas de artigo não podem incluir qualquer problema de falsificação ou de plágio. Para efeito de detecção de plágio será utilizada a plataforma URKUNDU.

As ilustrações que não sejam do(s) autor(es) devem indicar a sua procedência. O Conselho Científico e a Coordenação Editorial assumem que os autores solicitaram e receberam autorização para a reprodução dessas ilustrações, e, como tal, rejeitam a responsabilidade do uso não autorizado das ilustrações e das consequências legais por infracção de direitos de propriedade intelectual.

É assumido que todos os Autores fizeram uma contribuição relevante para a pesquisa reportada e concordam com o manuscrito submetido. Os Autores devem declarar de forma clara eventuais conflitos de interesse. As colaborações submetidas que, direta ou indiretamente, tiveram o apoio económico de terceiros, devem claramente declarar essas fontes de financiamento.

Os textos propostos para publicação devem ser inéditos e não deverão ter sido submetidos a qualquer outra revista ou edição electrónica. Aceitam-se trabalhos redigidos em português, inglês, espanhol, italiano e francês.

Esta edição disponibiliza de imediato e gratuitamente a totalidade dos seus conteúdos, em acesso aberto, de forma a promover, globalmente, a circulação e intercâmbio dos resultados da investigação científica e do conhecimento.

A publicação de textos na *Ophiussa* – Revista do Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa não implica o pagamento de qualquer taxa nem dá direito a qualquer remuneração económica.

Esta publicação dispõe de uma versão impressa, a preto e branco, com uma tiragem limitada, que será distribuída gratuitamente pelas bibliotecas e instituições mais relevantes internacionalmente, e intercambiada com publicações periódicas da mesma especialidade, que serão integradas na Biblioteca da Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa. Conta, paralelamente, com uma versão digital, a cores, disponibilizada no endereço www.ophiussa.letras.ulisboa.pt, onde se pode consultar a totalidade da edição.

Para mais informações: ophiussa@letras.ulisboa.pt

OPHIUSSA

EDITORIAL POLICY

Ophiussa – Revista do Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa started in 1996, with the edition of volume 0. From 2017, this journal is a printed and digital edition of UNIARQ – Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.

The main objective of this journal is the publication and dissemination of papers of interest, quality and scientific rigor concerning Prehistory and Archeology, mostly from Europe and the Mediterranean basin.

Ophiussa – Revista do Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa will publish an annual volume. From 2018, submitted articles will be subject to a peer-review evaluation process. The submission period will always occur in the first quarter of each year and the edition will occur in the last quarter.

The journal is divided into two sections: scientific articles and bibliographic reviews. Exceptionally, texts of an introductory nature may be accepted, in the context of specific tributes or divulgations, which will not be submitted to peer-review evaluation. Exemptions from this evaluation are also the bibliographic reviews.

All submissions will be considered, in the first instance, by the Editorial Board, regarding its formal content and adequacy in face of the editorial policy and the journal's editing standards. Papers that meet these requirements will subsequently be submitted to a blind peer-review process (minimum of two reviewers). The Scientific Council, constituted by the directors of UNIARQ and external researchers, will follow the editing process.

This stage will be carried out by qualified external researchers, and their feedback will be delivered within a period of no more than two months. The reviewers will carry out the evaluation in an objective manner, in view of the quality and content of the journal; their criticisms, suggestions and comments will be, as far as possible, constructive, respecting the intellectual abilities of the author (s). After receiving the feedback, the author(s) has a maximum period of one month to make the necessary changes and resubmit the work.

Acceptance or refusal of articles will have as sole factors of consideration their originality and scientific quality.

The review process is confidential, with the anonymity of the evaluators and authors of the works being ensured, in the latter case up to the date of its publication.

Papers will only be accepted for publication as soon as the peer review process is completed. Texts that are not accepted will be returned to their authors. The content of the works is entirely the responsibility of the author(s) and does not express the position or opinion of the Scientific Council or Editorial Board.

The Journal *Ophiussa* follows the guidelines established by the Committee on Publication Ethics (COPE, the Ethics Committee Publications): <https://publicationethics.org/>

The editorial process will be conducted objectively, impartially and anonymously. Errors or problems detected after publication will be investigated and, if proven, corrections, retractions and / or responses will be published. Contributions submitted for publication must be unpublished. Article submissions can not include any problem of forgery or plagiarism. In order to detect plagiarism, the URKUNDU platform will be used.

Illustrations that are not from the author(s) must indicate their origin. The Scientific Council and Editorial Board assume that the authors have requested and received permission to reproduce these illustrations and, as such, reject the responsibility for the unauthorized use of the illustrations and legal consequences for infringement of intellectual property rights.

It is assumed that all Authors have made a relevant contribution to the reported research and agree with the manuscript submitted. Authors must clearly state any conflicts of interest. Collaborations submitted that directly or indirectly had the financial support of third parties must clearly state these sources of funding.

Texts proposed for publication must be unpublished and should not have been submitted to any other journal or electronic edition. Works written in Portuguese, English, Spanish, Italian and French are accepted.

The publication of texts in *Ophiussa* – Revista do Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa does not imply the payment of any fee nor does it entitle to any economic remuneration.

This edition immediately and freely provides all of its content, in open access, in order to promote global circulation and exchange of scientific research and knowledge.

This publication has a limited printed edition in black and white, which will be distributed free of charge by the most relevant international libraries and institutions, and exchanged with periodicals of the same specialty, which will be integrated in the Library of Faculdade de Letras of Universidade de Lisboa. It also has a digital version, in color, available at address <http://ophiussa.letras.ulisboa.pt>, where one can consult the entire edition.

For more information contact: ophiussa@letras.ulisboa.pt

ÍNDICE

<i>CRISTINA GAMEIRO</i> - A tecnologia lítica do fim do Tardiglaciar no centro de Portugal: o exemplo do Abrigo 1 de Vale de Covões (Soure)	5
<i>JUAN ANTONIO CÁMARA SERRANO - FERNANDO MOLINA GONZÁLEZ - CRISTÓBAL PÉREZ BAREAS - LILIANA SPANEDDA</i> - Una nueva lectura de las fortificaciones calcolíticas del Cerro de la Virgen (Orce, Granada, España)	25
<i>THOMAS TEWS</i> - A quadratura do círculo: sobre a questão da escolha de planta na arquitectura doméstica, no exemplo da Pré-História Recente e Proto-História na Estremadura Portuguesa ..	39
<i>ÍRIS DA COSTA DIAS</i> - A ocupação da Serra do Socorro (Mafra, Torres Vedras) durante o Bronze Final: a colecção de Gustavo Marques	59
<i>FRANCISCO JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ - FERNANDO AMORES CARREDANO - ROCÍO IZQUIERDO DE MONTES - ANA MARÍA JIMÉNEZ FLORES</i> - Dos enterramientos singulares de la necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)	75
<i>FRANCISCO B. GOMES</i> - Equipamentos de culto nos santuários da Idade do Ferro do Sul de Portugal: os altares	101
<i>ANA SOFIA ANTUNES</i> - Fornos / silos aéreos da arquitectura sidérica peninsular: a propósito de uns "fundos de cabana" e de umas estruturas circulares da Azougada	111
<i>ANTONIO M. SÁEZ ROMERO</i> - Pucheros y fogones. Aproximación a la evolución de la producción de «cerámicas de cocina» púnicas y tardopúnicas en Gadir	137
<i>MARIA JOSÉ DE ALMEIDA</i> - Contributo para a normalização do registo de informação arqueológica a partir do estudo da via Emerita-Olísipo por Eborá	167
<i>ALEXANDRA NEPOMUCENO</i> - Fragmentos do Oriente em Leite Vasconcelos	185
<i>DANIEL CARVALHO</i> - A História da Arqueologia no novo milénio: dimensões, métodos e perspectivas para o caso português	195
RECENSÕES BIBLIOGRÁFICAS (textos de Juan Álvarez García, Francisco B. Gomes e Elisa de Sousa)	205
JEAN GUILAINE. DOUTOR <i>HONORIS CAUSA</i> PELA UNIVERSIDADE DE LISBOA (textos de Mariana Diniz, Victor S. Gonçalves e Jean Guilaine)	213

